EL TEATRO
PICARESCO



EL PECADO QUE TRAE SUERTE

Vodevil en tres actos, original de **Maurice Duportal**

Adaptación y acotaciones de

J. de Valdemar

50 céntimos



El Teatro Picaresco

El pecado que trae suerte

Vodevil en tres actos, original de

Maurice Duportal

Estrenado con gran éxito en el teatro
"Folies Dramatiques" de París,
el 20 de Marzo de 1905

Adaptación y acotaciones de

J. de Valdemar

Año I Núm. 1

Editorial Pegaso

Talleres Gráficos Modernos - Séneca, 11 - Barcelona

PERSONAJES

ROSINA. — *Esposa de Bacholet. Morena, de unos veintidós años; de espléndidas redondeces, de grandes ojos negros; lo que se dice una mujer apetecible en sumo grado. Es recatada y honesta, lo que no impide que vista con el incitante desenfado de nuestra época, y resulte algo provocativa, sin darse cuenta.*

ALICIA. — *Esposa de Debray. Rubia, esbelta, elegante, exquisita. Como su figura no es tan abundante en curvas como la de su amiga Rosina, y como la acción ocurre en pleno verano y en nuestros días, los vestidos que usa son de una ligereza y una transparencia que no se la puede mirar con tranquilidad. También es recatada y honesta, pero también resulta una mujercita capaz de inspirar, sin buscarlo, toda clase de ideas pecaminosas .*

LÉLIA. — *Artista de circo. Es un personaje en cuya descripción no necesitamos detenernos, porque todo el mundo sabe lo que son estas simpáticas acróbatas, que deleitan a los espectadores masculinos más con las rosadas mallas ceñidas a sus carnes que con sus ejercicios sobre el indispensable caballo blanco. No la hemos de ver trabajando en el circo, y no nos interesa su vida profesional. Fuera del circo, es una hembra fácilmente asequible, inclinada a hacer servir sus ejercicios acrobáticos como reclamo para*

otros ejercicios íntimos con los amigos que le pagan bien. Desde luego, es mujer guapa y sugestiva.

DOÑA AUGUSTA. — *Dueña del chalet que tienen alquilado los Bacholet y los Debray para la temporada estival. Como apenas tiene importancia en la obra, el lector puede suponerse a su gusto este personaje vulgar.*

LEONTINA. — *Criada de doña Augusta. Sin la menor importancia, tampoco. La actriz encargada de este papel secundario, puede interpretarlo como le parezca.*

GUDULA. — *Holandesa, esposa de Van Brick. Es un tipo interesante y agradable. Mucho más joven que su esposo; éste vive dominado por los celos y siempre espiando a su mujercita. Pero, como ocurre siempre, su mujercita le engaña miserablemente y el marido no lo ve.*

JULIANA. — *Camarera de café. Insinuante y servicial. Los que la han tratado con algún detenimiento, aseguran que se desvive por hacer un favor. En la obra no tiene ocasión de demostrarlo, y como su papel es insignificante, no vale la pena de describirla con detalles.*

SEÑORA POMMIER. — *Dueña del "Hotel Continental", en San Juan de Luz. Tipo de jamona, adocenada y sin importancia en la obra.*

CABALLÓN. — *Luchador, de circo. Tipo de atleta, grosero en el ademán, ridículo en el vestir. Está terriblemente enamorado de la "ecuyere" Lélia y es correspondido... a ratos.*

BACHOLET. — *Arquitecto, esposo de Alicia. Ha permanecido, hasta que le conocemos, fiel en abso-*

luto a su mujercita. Y durante la obra, sigue tan fiel como antes.

FERNANDO DEBRAY. — *Alto empleado del ministerio de Negocios extranjeros. Esposo de la exhuberante morena Rosina, a la cual y a pesar de sus positivos atractivos, Fernando se la pega siempre que puede.*

NADIR. — *Secretario de S. A. R. el príncipe Moufkar, turcos los dos. El actor encargado de este papel, cuidará de no darle un aire demasiado afeminado.*

GASTÓN PEROCHE. — *Joven, elegante, mujeriego. Primo del ministro de Negocios Extranjeros; pero lo de "primo" se conoce muy poco.*

LAVARDIÉRE. — *Tipo muy parecido a su amigo Gastón, en lo de elegante, mujeriego y despilfarrador. Su padre es banquero y, con un papá así, se comprende la vidita que se da el mozo. Sin embargo, a pesar de su ostensible inutilidad, no resulta estúpido ni antipático, especialmente a las damas.*

VAN BRICK. — *Es el holandés celoso.. con motivo sobrado. ¡Pues no es sangrecita cálida la que tiene su consorte!*

LEÓN. — *Camarero del "Hotel Continental", aunque por su nombre debiera ser el amo.*

ANTONÍN. — *Director artístico de circo ecuestre. A veces, cuando faltan artistas en su troupe, para llenar un hueco hace de clown, equilibrista, malabarista, etc.*

PABLO. — *Amante de la holandesita Gudula.*

BADINOT, UN SORDOMUDO, *una* NODRIZA, *un* CHIQUILLO, *etcétera.*

ACTO PRIMERO

La escena en la playa de Biarritz. A la derecha, primer término, entrada al Casino. A la izquierda, primer término, la marquesina de un café, del que se ve la puerta con mesillas ante ésta. En el fondo, a la izquierda, casetas de baño. Una de ellas, colocada casi al centro, es practicable. Al fondo, derecha, sigue la hilera de casetas. Sillas de mimbre, tapasoles de colores vivos, etc.

ESCENA PRIMERA

(Al levantarse el telón aparecen ROSINA y ALICIA sentadas a izquierda y sus respectivos maridos, cerca de ellas. Por el fondo pasa gente, que va al baño o que vuelve a las casetas).

ROS. (*A su marido*). Hay que reconocer que has tenido una inspiración alquilando la villa que disfrutamos. Su situación no puede ser peor.

BACH. (*Protestando*). No soy yo solo el responsable.

ROS. Tú y Fernando. Entre los dos habéis tenido la gran idea.

FER. Hay demasiada gente este año en Biarritz. Los hoteles están atestados y no había otro remedio que alquilar un chalet si queríamos tener mediano alojamiento.

ALI. Pero hubiéramos estado mejor en el que hay enfrente.

ROS. En la misma playa. Casi sobre el mar.

BACH. Sí; sólo que, precisamente por eso, por estar casi sobre el mar, el precio de alquiler es demasiado salado. La que tenemos es más modesta y, aún así, nos cuesta mil pesetas por mes, que ya es bastante. La economía es una gran virtud.

FER. No para las mujeres.

ROS. Te aconsejaría que no abrieras la boca, Yo soy más ahorradora que tú. Mis trajes no son para arruinarte, y todavía me conformo a vivir en el mismo pisito que cuando nos casamos, que sólo eras subjefe de negociado.

FER. Y ahora soy jefe de negociado, pero la vida se ha encarecido mucho y resulta que venimos a estar igual. Diez mil pesetas anuales, no es para tener auto.

ALI. No son muy espléndidos en el ministerio.

FER. ¡Si no fuese porque tenemos alguna renta para suplir!

ALI. Con todo, ustedes tienen la esperanza de que le asciendan a subdirector, mientras que nosotros... (*dirigiéndose a su marido*). Tú eres arquitecto y siempre serás arquitecto.

BACH. Sí, pero hay arquitectos y arquitectos. Espera un poco.

ALI. ¿Tu negocio de Passy?

BACH. (*A los amigos*). Cincuenta casas a construir en la calle de la Pompa.

ALI. (*Con ironía*). Sobre terrenos que se obstinan en no encontrar comprador.

BACH. Perdona. Duval, mi agente de negocios, se ocupa activamente del asunto durante mi ausencia. Hemos lanzado sobre el negocio un grupo de capitalistas americanos y estoy esperando noticias de un momento a otro. Estoy en vísperas de ganar quinientas mil pesetas redondas.

ALI. Preferiría que estuviéramos en el día siguiente. (*Se levanta y pregunta a Rosina*:) ¿Vienes a los "caballitos"?

ROS. (*Levantándose también*). Bueno, pero sólo cinco minutos. ¿Vienen ustedes?

FER. No. Por mi parte, prefiero fumar un cigarrillo al aire libre.

BACH. Me quedaré acompañando a Fernando. (*Dirigiéndose a su mujer*). Procura no arruinarme.

ALI. Por el contrario. Voy a ganarte unas pesetas para esperar tus quinientas mil.

(*Salen las dos por la puerta del Casino*).

ESCENA II

FERNANDO y BACHOLET; después, ALICIA y ROSINA; después LAVARDIÉRE

FER. ¿Un cigarrillo?

BACH. (*Rechazando*). No. Gracias.

FER. Es verdad; no fumas. Nunca lo recuerdo.

BACH. (*Que ha tomado distraidamente un programa de sobre un velador y lo ha leido con

negligencia). Parece que se divierten en San Juan de Luz.

FER. ¿Por qué? ¿Qué pasa?

BACH. Este programa... (*Leyendo*). "Circo Ecuestre. Compañía Capulade".

FER. ¿Compañía Capulade? ¡Qué casualidad!

BACH. ¿La conoces?

FER. Estuvo en Tolosa. la primavera pasada. Recordarás que yo estuve allí en abril, por asuntos del ministerio. La compañía Capulade es una buena troupe. No se me olvidará nunca una "ecuyere", mademoiselle Lélia... ¡Una modelo de Rubens, querido!

BACH. (*Leyendo el programa*). Sigue en la compañía. "Mademoiselle Lélia, cantante ecuestre". ¿Qué viene a ser eso?

FER. Canta de pie sobre un caballo, que recorre la pista galopando. Es un número de efecto. ¡Y qué mujer, chico! ¡Si yo hubiera podido quedarme un día más allá, y si no hubiera ido con carácter oficial...!

BACH. ¿Le hubieras hecho la corte?

FER. Y creo que no hubiese sido mal acogido.

BACH. Es decir, que hubieras engañado a tu mujer.

FER. Con verdadero gusto.

BACH. (*En tono de reproche*). ¡Hombre, hombre!

FER. Te aseguro que si encontrara la manera de hacer una escapada esta noche a San Juan de Luz... Veamos, Bacholet, hablemos con toda franqueza. Hace quince días que estamos aquí, en la constante compañía de nuestras esposas... ¿No hechas de menos

ciertas expansiones... ciertas variaciones... ciertas amiguitas...?

BACH. ¿Yo? No. En absoluto.

FER. ¡Bah! No quieres franquearte conmigo; eso es todo.

BACH.—Te doy mi palabra. Desde que soy casado, para mí todas las otras mujeres están de más.

FER. ¿No has engañado nunca a Alicia?

BACH. Nunca.

FER. ¡Guasón!

BACH. Te repito mi palabra de honor. Y no tengo el menor deseo.

FER. Pues eres un fenómeno... (*Apercibiendo a las mujeres que vuelven del Casino*). ¡Chist! ¡Silencio!

BACH. (*A las damas*). ¿Y esos "caballitos"?

ALI. No hemos jugado. Había demasiada gente.

BACH. Ha sido lo mejor para salir ganando. ¿Damos una vuelta por la playa?

FER. De buena gana.

(*Al momento de marchar, se cruzan con un caballero joven, Lavardiére, que saluda discretamente a Alicia*).

ROS. (*En voz baja a Alicia*). Te ha saludado ese caballero.

ALI. Sí. Ayer también... y varias veces... Cree que me tiene nerviosa.

ROS. ¿Un flirt? Pues... no está mal, no está mal el joven.

ALI. En efecto. No está mal... (*Salen los cuatro*).

ESCENA III

LAVARDIÉRE y JULIANA. Después ANTONIN y GASTON

LAV. (*Llamando a la camarera del café, le hace algunas preguntas*).

JUL. ¿La rubia? Es la señora Bacholet. Su esposo es arquitecto, de París.

LAV. Eso me es igual. Toma. (*Dándole algunas monedas*).

JUL. *Gracias, señor.* (*Aparte*) ¡Vaya hombre simpático!

ANT. (*Entra mirando a todas partes y se dirige a Juliana*). Oiga, joven, ¿sabe si hay manera de obtener dos casetas?

JUL. ¿Para el baño? No sé. Se lo dirán en la playa, a izquierda.

ANT. Gracias. (*Va a marchar, pero tropieza con Lavardiére y se detiene examinándolo con detención*). Creo que no me equivoco... ¿No ha sido usted alumno del colegio Condoré?

LAV. Sí, caballero.

ANT. ¿Lavardiére?

LAV. El mismo... (*Examinando a su interlocutor*). ¡Calle! ¿Antonín?

ANT. En cuerpo y alma. (*Se estrechan las manos con grandes demostraciones de alegría*). ¡Pues no hacía años que no nos veíamos! Quizá diez... ¡Cómo pasa el tiempo! ¡Caramba, Laverdiére, el eterno revoltoso, el...!

LAV. El eterno número último de la clase, ibas a

decir, ¿verdad? Pues ello no ha impedido tener hotel, auto...

ANT. ¡Ya, ya! ¿Tu padre sigue siendo banquero?

LAV. Gracias a Dios. La alza, la baja, las especulaciones sobre terrenos o sobre lo que sea... Eso constituye su vida y su felicidad. Gana el dinero a expuertas.

ANT. ¿Y tú?

LAV. Yo... lo gasto. Veamos ahora tú. ¿Qué es de tu vida? ¿Qué te haces?

ANT. Pues... soy "regisseur". "Regisseur" de un circo ecuestre.

LAV. ¿De veras?

ANT. Y a veces equilibrista, y clown y lo que es del caso. ¿Y qué haces aquí? ¿Pasando el verano?

LAV. Llevo aquí quince días, pero me aburro como una ostra. (*Viendo pasar a Gastón, que aparece por derecha*). ¡Eh! ¡Gastón!

GAS. ¡Hola! (*Se acerca*).

LAV. (*Haciendo las presentaciones*). Mi amigo Gastón Peroche, jefe de no sé qué en la subsecretaría de Estado. Mi antiguo compañero Antonín...

ANT. (*Después de estrechar la mano de Gastón, dirigiéndose a Laverdiére*). ¿Qué vas a hacer esta noche? ¿Tienes algún proyecto?

LAV. Ninguno. Seguir aburriéndome.

ANT. Pues ven a San Juan de Luz, a mi circo... Será una distracción. Te prometo una buena velada. Tenemos buenos números y además un concurso de luchas...

GAS. ¡Hombre, eso estará bien!

ANT. ¿Le interesan a usted las luchas?

GAS. Con pasión. He recibido lecciones del famoso campeón de "jiu-jitsu" Ré Nié y casi estoy por decirle que me pasaría la vida en los "rings".

ANT. Pues con mayor motivo. Yo llevo a Caballón, un peso fuerte que ha conseguido grandes éxitos. ¿Aceptada la excursión?

GAS. Por mi parte, con mil amores.

LAV. Yo... por complacer a dos amigos.

ANT. Entendidos. Podemos cenar juntos. A las ocho, si les parece, en el restaurant Bola de Oro.

LAV. Hasta las ocho.

GAS. No faltaremos. (*Se cambian apretones de manos y desaparece Antonín*).

ESCENA IV

LAVERDIÉRE y GASTÓN

LAV. Hay un tren a las seis que nos llevará con tiempo sobrado. Pero pienso que habremos de pasar la noche allá.

GAS. Lo mismo da en un sitio que en otro. Desgraciadamente, nada me retiene aquí.

LAV. Ni a mí tampoco. Ni la menor aventurilla.

GAS. Sin embargo, hace poco me he tropezado en el Casino con una morenaza estupenda. Valdría la pena dedicarle algunos ratos.

LAV. Y yo me he cruzado varias veces con una rubita adorable. Me han dicho que es la

mujer de un arquitecto de París. Pero creo que no hay nada a hacer.

GAS. Voy a aprovechar el tiempo escribiendo unas cartas (*Indicando el café*). ¿Dónde me esperas?

LAV. En el Casino.

GAS. Pues hasta luego. (*Entra en el café y Laverdiére en el Casino*).

ESCENA V

JULIANA, CABALLÓN, ANTONÍN, VAN BRICK y PABLO

(Juliana aparece a la puerta del café, tratando de cambiar de sitio una mesilla pero no puede realizarlo. Caballón sale de la parte de la playa y contempla con risa burlona los esfuerzos de la camarera. Al cabo de un rato se le acerca y le pregunta):

CAB. ¿Es la mesilla la que desea llevarse?

JUL. Sí, caballero. Cambiarla de sitio.

CAB. (*Agarrando la mesilla y levantándola con facilidad*). ¿Dónde hay que llevarla?

JUL. Allá, caballero... (*con asombro ante la facilidad con que el desconocido levanta una mesa que ella no podía mover*).

CAB. Ya está... (*Se vuelve y saluda como si se hallase en el circo*). Ya ve Vd. Sonriendo...

JUL. ¡Qué fuerza!

CAB. Fuerza, ¿eh? Mire usted qué bíceps... Toque

usted... Toque el otro brazo... (*La camarera toca y él se pavonea*).

JUL. No querría recibir un puñetazo de usted.

ANT. (*Acercándose y reconociendo al luchador*). ¡Eh, Caballón! ¿Qué demonios haces aquí?

CAB. Me aburría allá y me he venido a pasar la tarde. En este momento estaba comprobando esta muchacha la robustez de mis bíceps. Toca tú también.

ANT. No es necesario. Ya conozco tu complexión. Prefiero invitarte a una cerveza.

CAB. Aceptado. (*Sentándose ante una mesilla del café*).

ANT. (*A Juliana*). Tráiganos dos bocks.

JUL. Al momento. (*Sale*).

ANT. ¿Conque te aburrías en San Juan?

CAB. No sé qué había de hacer, cuando la mayor parte de nuestra gente se ha trasladado aquí. (*Dando grandes chupadas a su enorme cigarro puro*). ¡Vaya, se me ha apagado! ¡Y no llevo ni una cerilla!

ANT. Toma. (*Dándole su caja*). Puedes quedártela.

CAB. No quedan más que dos. Gracias.

VAN BRICK. (*Saliendo del Casino con Gudula. Lleva un enorme bastón que mueve en ademán amenazador*). ¡Eso ya lo veremos!

GUD. ¡Eres ridículo con tus celos! ¡Yo no puedo prohibir a los hombres que me miren!

VAN. Está bien; pero si veo que alguno de los que te miran se te acerca demasiado... Le daré un toquecito de atención con esto.

(*blandiendo el bastón*). Con esto. Y tengo ocho del mismo tamaño.

GUD. ¡Estás loco!

VAN. ¡Gudula! ¡No te consiento que me hables así!

GUD. Te repito que estás loco.

VAN. Puede ser, pero lo que te aseguro es que no me engañarás. Cónstete que estoy alerta. (*Entran en la caseta del centro, la que es practicable*).

CAB. (*A Juliana, que llega con los bocks*). ¿Quién es esa pareja?

JUL. Son matrimonio.

CAB. De eso no me cabe duda viendo cómo disputan.

JUL. Son holandeses, y el marido muy celoso.

CAB. Lo cual no le impedirá ser cornudo.

JUL. Lo es. Mire usted la señal. (*Indicando un pañuelo que Gudula ha colgado a la ventanilla de la caseta*). El pañuelo ese quiere decir: "No te acerques que el marido está conmigo".

ANT y CAB. ¡Qué gracia!

JUL. Fíjense en el resultado. (*Señalando a Pablo que, al acercarse a la caseta, ve la señal y huye a toda velocidad*).

ANT. y CAB. ¡Muy gracioso, muy gracioso!

ESCENA VI

Los mismos y LÉLIA

LÉL. (*Entrando con coquetería, caminando con*

voluptuosidad, muy extremada en el vestir y muy insinuante en el hablar). ¡Buenos días, Antonín y Caballón!

ANT. ¡Hola, muchacha!

CAB. (*Levantándose muy obsequioso*). ¡Buenos días, hermosa!

LÉL. (*A Antonín*). ¿Serías tan amable que me buscarías una caseta?

ANT. (*Levantándose y marchando*). Voy a procurarlo, pero te advierto que a estas horas están muy solicitadas y puedes quedarte sin baño. Hasta ahora mismo.

ESCENA VII

LÉLIA y CABALLÓN. Un momento, VAN BRICK

CAB. ¿No quieres tomar alguna cosa?

LÉL. Nada. Gracias.

CAB. Al menos siéntate y hablemos un poco.

LÉL. (*Sentándose*). ¿De qué?

CAB. De lo que sabes...

LÉL. ¡Siempre igual! Eres un poco latoso.

CAB. (*Se levanta nerviosamente, agarra una silla y la arroja contra el suelo, rompiéndola*). ¡Maldita sea!...

LÉL. No sé qué ganas tienes de que te hagan pagar una silla. Ya sé que tienes fuerza, hombre!

CAB. ¡Oh, si fueras una mujer...!

LÉL. (*Riendo maliciosamente*). Podría presentarte algunos de mis amigos que te afirmarían que lo soy.

CAB. Precisamente lo que me encoleriza. Esos amigos con los que vas a cenar y... lo que sigue. Esos amigos que son felices contigo, mientras yo permanezco esperando que quieras hacerme una seña.

LÉL. Ya sabes que no falto, siempre que puedo.

CAB. Sí, pero muy de tarde en tarde. Ahora mismo, hace más de ocho días que no...

LÉL. ¡Qué se le va a hacer! Yo te quiero, Caballón, bien lo sabes. Las noches en tu compañía, son verdaderamente agradables, pero los vestidos no se dan gratis, y tú andas muy mal de moneda.

CAB. ¡Maldita sea...! Muy falto de moneda, es verdad; pero sobrado de otra cosa que suelen buscar las mujeres con el mayor interés. A pesar de mi pobreza, siempre tengo una legión de señoras, señoras de la alta sociedad, que me rodean como las mariposas a la luz.

LÉL. (*Displicente*). Pues si te gustan, haces mal en rechazar las ocasiones.

CAB. (*Con apasionamiento*). ¡No me hables así, Lélia, que no es eso lo que merezco! ¡Si tú supieras...! Cuando salgo a trabajar, cuando lucho con cualquiera y consigo hacerle tocar el suelo con las espaldas; cuando retruenan los aplausos como si el circo fuera a desmoronarse; cuando los hombres me aclaman y las mujeres me envían flores... yo permanezco tan indiferente como si nada de aquello tuviese que ver conmigo. Porque pienso: "Lélia no está aquí. Lélia

no te ha seguido con la mirada mientras luchabas. Lélia está en su cuarto o en su casa, sin acordarse de ti. Y tal vez en estos momentos esté con otro hombre..." ¡Oh, al menos los hombres con quienes vas, fuesen más fuertes que yo! Pero lo que más me encoragina es pensar que son muñecos a los que aplastaría de un puñetazo. (*Van Brick pasa por su lado, moviendo su enorme bastón*). Mira, los aplastaría así... (*Le arranca el bastón de manos del holandés y lo rompe de un golpe contra la rodilla*).

VAN. ¡Eh, caballero! ¡Godfurdum!

CAB. ¿Qué pasa? (*Mirándole desafiadoramente*).

VAN. (*Humilde*). Nada... nada... (*Vuelve a su caseta*).

LÉL. ¡Qué bruto eres! Parece que busques llamar la atención.

CAB. (*Paseando agitado*). Es que... (*Luego se calma y vuelve al lado de ella, preguntándole*): Bueno, Lélia, ¿cuándo?

LÉL. No sé. Quizá mañana...

CAB. Oye. Esta noche he de luchar con Rempart, el campeón de Suecia. Prométeme que si venzo...

LÉL. Veremos.

CAB. (*Muy contento*). ¿De veras? ¡Oh, Rempart, ya puedes prepararte a recibir buenos *crochets!*

ESCENA VIII

Los mismos y ANTONIN

ANT. (*A Lélia*). Ya tiene la caseta preparada.

LÉL. Gracias, Antonín. Voy en seguida. Hasta luego, Caballón.

CAB. Hasta luego.

ANT. Hacemos unas carambolas para matar el tiempo?

CAB. Andando. Estoy muy contento, Antonín, muy contento. No puedo decirte el motivo, pero estoy muy contento... (*Desaparecen los dos en dirección al Casino*).

ESCENA IX

JULIANA y NADIR

NAD. (*Saliendo del Casino, sentándose ante el café y llamando a la camarera, que acude en seguida*). ¿Es usted la camarera? Muy bien. ¿Puede usted prepararme un refresco de limón?

JUL. Al momento.

NAD. Oiga, una pregunta, antes. ¿Sabría decirme si hay por las cercanías alguna villa para alquilar?

JUL. Me parece que no. Este año ha venido más gente que nunca. Los hoteles están atestados y todos los chalets alquilados por la temporada. Si hubiese venido usted ayer, oí decir que había una libre, "Las violetas".

una villa preciosa; pero ayer mismo la alquiló un príncipe extranjero.

NAD. Lo sé. El príncipe Moufkar. Soy su secretario.

JUL. ¿Y busca usted alojamiento?

NAD. Sí, para mí personalmente. Yo no habito nunca con Su Alteza. En la actualidad he tenido que recurrir a hospedarme en San Juan de Luz. Pero esto es muy incómodo.

JUL. Sí, lo comprendo... En fin, preguntaré...

NAD. Gracias. Y, dígame: ésta es la hora predilecta del baño, ¿verdad? Pues voy a echar una ojeada... (*Sacando sus gemelos*). Cuando las mujeres salen del agua es cuando se pueden apreciar sin engaños... ¿Hay muchas mujeres aquí, verdad? ¿De esas que... viajan solas?

JUL. Sí, bastantes.

NAD. ¿Guapas? ¿Desarrolladas? (*Indicando el pecho*).

JUL. Bastantes.

NAD. Gracias. Voy a echar una ojeada. Vuelvo al momento.

JUL. Mientras le haré preparar un refresco.

NAD. Muy bien. Hasta luego. (*Marchan los dos él hacia la playa y ella al interior del café*).

ESCENA X

FERNANDO, BACHOLET y LÉLIA

BACH. (*Entra con su amigo, haciéndose aire con el sombrero*). ¡Uf qué calor! Prefiero mil ve-

ces esta sombra. En la playa se achicharra uno.

FER. (*Indicando a Lélia que sale de una caseta en traje de baño, es decir con sólo un mallot que transparenta lo poquísimo de su cuerpo que no está por completo al descubierto, y una capa sobre los hombros*). ¡Calla! ¡No me engaño! ¡Es ella!

BACH. ¿Quién?

FER. Lélia.

BACH. ¿Tu "ecuyere"?

FER. (*Acercándose a ella, con galantería*). ¿Mademoiselle Lélia?

LÉL. ¿Caballero?

FER. No tengo la suerte de que me recuerde usted. Fernando Debray. Tuve ocasión de saludarla...

LÉL. ¿En Tolosa? Ya ve Vd. como sí le recuerdo.

FER. Lo que me encanta de verdad, señorita. (*Presentando*). Permítame que le presente a uno de mis mejores amigos, Bacholet, arquitecto... La señorita Lélia, de la que te hablaba ahora mismo.

LÉL. (*Luego de estrechar la mano de Bacholet*). ¿Cómo? ¿Hablaban de mí? ¿De veras?

FER. Mi palabra de honor.

LÉL. Es usted muy amable pensando en mí después de tanto tiempo.

FER. He conservado de usted el mejor recuerdo y siempre me he lamentado de no haber podido en aquella ocasión permanecer algún tiempo más en Tolosa, porque... tenía la esperanza...

LÉL. (*Riendo coquetonamente*). ¿De hacerme el amor?

FER. Hube de regresar a París por asuntos de mi cargo. Pero bendigo la oportunidad que ahora me permite renovar aquella amistad... Si no soy molesto...

LÉL. De ninguna manera. ¿Nos sentamos? (*Se sientan, quedando ella entre los dos amigos, formando un grupo compacto. Para mejor comprensión de los artistas que interpreten esta escena, puntualizaremos que Fernando se muestra galante y emprendedor; Bacholet muy tímido, pero agradándole las insinuaciones de ella, y Lélia muy coqueta y muy provocativa*). Siempre es agradable relacionarse con gente de la buena sociedad, especialmente tratándose de caballeros educados y amables. Porque a lo peor una tiene que transigir con ciertas amistades... Y eso que yo soy de las que se doblegan poco. A mí, si un hombre no me es simpático, si no me gusta, ya puede venir con ofrecimientos y con presiones. Lo mando a freir espárragos. No soy como la mayoría de mis compañeras, que hacen de sus amistades un negocio. Para mí, antes que todo la simpatía, el afecto, el amor... ¡Oh, si no fuera por eso! ¡Si yo no tuviera este modo de pensar!... ¡Con las ocasiones que se le ofrecen a una...! (*Hace un movimiento para cruzar las piernas y la capa cae por ambos lados, dejando de manifiesto la carne rosada y firme de los soberbios mus-*

los desnudos hasta casi su misma confluencia. Los dos amigos clavan sus ojos en aquella abundancia de carne provocativa y, sin darse cuenta, acercan más sus sillas a la de Lélia). No estará bien que lo diga yo misma, pero se me presentan ocasiones magníficas...

BACH. No me cabe duda.

FER. Es usted sobrado hermosa para eso.

LÉL. Muy amables ustedes. Bien sé que no soy hermosa; pero... ¡vaya! tengo algo que... agrada a los hombres... (*Al hablar, tal como si sintiera una pulga comiéndosele la espalda, mueve los hombros violentamente y, a efecto natural de estas sacudidas, bajo su transparente maillot, se marcan en un bailoteo incitante, las redondas pomas de su seno desarrollado*). Algo que... no sé cómo decirlo...

FER. (*En voz baja, mirando fijamente al escote de la "ecuyére"*). Algo que... nos comeríamos a bocaditos... —

LÉL. (*Muy coquetona, mirándole con los ojos entornados*). ¡Qué pícaro es usted!

BACH. ¿Y... monta usted a la alta escuela?

LÉL. Monto... como se me pide.

BACH. Sentirá Vd. un gran afecto por los caballos.

LÉL. ¿Yo? Me importan tres cominos. El arte ecuestre no me interesa. Lo que a mí me gustaría es el trapecio; resulta más sugestivo... sobre todo cuando una se dobla hacia abajo, con la espalda desnuda... colgantes las trenzas... Pero es un poco peligroso.

Desde el trapecio no puede una fijarse en los amigos de la sala, ni menos dirigirles una sonrisa, porque se expone a ir de cabeza contra las butacas. En cambio, sobre el caballo, un caballo bien amaestrado y sumiso, una canta tan tranquila como en su casa y puede prestar atención a los admiradores... (*Se levanta, tira la capa y hace unas cuantas posturitas para remedar su trabajo ecuestre, dirigiendo a los dos amigos unas sonrisitas y miradas capaces de animar a dos momias egipcias*).

FER. y BACH. ¡Bravo, bravo! ¡Muy bien! (*Lélia vuelve a su asiento entre los dos amigos y estos le felicitan como si hubiera realizado el más arriesgado ejercicio. Ella les responde con sonrisitas picarescas y con palmadas en los muslos, como si fuesen viejos camaradas*).

FER. Dígame, simpatiquísima, ¿podría verla esta noche?

LÉL. Sin duda. En el circo... en mi casa, en el hotel... Vengan al circo los dos. ¿Vendrán? (*Levantándose y ofreciéndoles ambas manos*). ¿Quedamos conformes? Les espero...

FER. Hasta la noche. Créame que tendré mucho gusto...

LÉL. El gusto lo tendré yo.

FER. Bueno, pues los dos. Los dos tendremos mucho gusto...

(*Marcha Lélia, ondulando lascivamente su magnífico cuerpo y volviéndose para sonreirles y saludarles con la mano. Fernando*

y Bacholet la siguen con la vista, saludándola también con la mano. Ella, al llegar al fondo, les envía un beso con la punta de los dedos y los amigos responden a dúo).

ESCENA XI

FERNANDO y BACHOLET

FER. Es adorable, preciosa, simpatiquísima. ¿verdad? ¡Ya te lo decía yo! Lo que ahora falta es encontrar un pretexto para pasar la noche en San Juan de Luz.

BACH. Pero, ¿lo dices de veras? ¿Piensas ir?

FER. ¡Ya lo creo! Pienso ir y que me acompañes tú.

BACH. ¿Yo? ¡Nunca!

FER. ¡No seas simple! Pasaremos una noche muy divertida. Ya has visto el carácter alegre y asequible de Lélia. No faltará alguna amiguita suya para que nos acompañe y complete el cuarteto. Seguramente tendrá varias.

BACH. Con una habrá bastante. Pero te advierto que yo no seguiré la orgía hasta el final. os dejaré cuando pueda peligrar mi seriedad, y solamente iré para impedir que hagas locuras.

FER. Muy bien. Serás mi mentor.

BACH. ¡Chist! ¡Ellas!

ESCENA XII

Los mismos y sus esposas

FER. (*A las mujeres que se acercan*). ¿Os habéis cansado de la playa?

ROS. Hace un calor insoportable.

ALI. (*A Bacholet*). Toma. Te he comprado un diario.

BACH. ¡Ah! ¿Han llegado ya los diarios? Me alegro. (*Desdoblando y leyendo el que le entrega su esposa*).

FER. ¿Es la hora del correo? Entonces voy a casa a ver si tengo cartas. ¿Queréis venir?

ROS. Nosotras estamos muy cansadas. (*Sentándose*). Esperaremos aquí. (*Alicia se sienta también*).

BACH. (*Ante el periódico que lee*). Nos ha fastidiado! ¡El muy estúpido! ¡Si tendrá gracia la cosa!

FER. ¿Qué pasa?

BACH. Durán... Le han condecorado.

FER. ¿Con qué motivo?

BACH. "Por sus relevantes servicios".

FER. ¡Ya! Los servicios que prestan los que no prestan ningún servicio.

BACH. Todo le sale bien a ese idiota. No he conocido hombre de mejor estrella. Razón tiene el proverbio en decir que "marido engañado, hombre afortunado". De algún tiempo a esta parte, a Durán todo le sale a pedir de boca. Y es desde el tiempo en que

su mujer comenzó con todos los amigos a...

ALI. ¿Quieres callar?

BACH. (*Excitado*). ¡Pues no, no quiero callar! ¡Estoy ya hasta los pelos de ese idiota, que cada día me irrita más con su incomprensible suerte! Era un pelagatos, un nadie, un descamisado, y desde que su respetable esposa se dedicó a ponerle cuernos con todo el mundo, el animal del marido comenzó a tener un éxito loco en todo lo que intentaba. Obtuvo una exclusiva para Túnez; vendió a un precio fabuloso su exclusiva a una compañía inglesa; hizo un negocio bárbaro con la explotación de unas espitas automáticas; le han dado una medalla de oro en la exposición de Primavera, y ahora le da el gobierno una cruz, sin más mérito que... los de su mujer, seguramente.

ALI. No sé por qué hablas así. Su mujer, Germana, es incapaz...

ROS. Es compañera tuya de colegio y es natural que la defiendas, pero te advierto que tiene razón tu marido. Todo el mundo habla de sus ligerezas y sus veleidades. A mis oídos han llegado detalles de aventuras suyas, que ponen la piel de gallina.

FER. Pues si, cuando menos, se cumple el refrán de dar suerte al marido los pecados de su mujer, con su pan se lo coma. (*Volviéndose a Bacholet*). Dejémosle con su cruz y vamos a ver si tenemos correspondencia. (*Salen los dos*).

ESCENA XIII

ROSINA y ALICIA

ROS. ¿De veras crees que tu amiga Germana es incapaz...?

ALI. No, no lo creo, pero me parece bien defenderla delante de cualquiera. Me consta, por el contrario, que tienen razón los murmuradores, aunque también me consta que adora a su marido.

ROS. ¿Le adora? ¡Eso sí que es incomprensible!

ALI. Precisamente por el proverbio que ha citado mi marido, es por lo que le engaña. Germana pensó que un probervio no llega a tal hasta después de mil comprobaciones. Casi ninguno resulta falso; porque la gente, para convertir una frase en refrán, necesita haber conocido cientos de casos. Entonces, viendo la mala suerte que perseguía a su marido y comprobando que todos los engañados que ella conocía eran hombres de suerte...

ROS. ¿Se decidió a ensayar?

ALI. Sí, aunque con mal éxito al principio.

ROS. Lo que quiere decir que el sistema no es infalible.

ALI. Quiere decir que lo ejecutaba mal. Según me confesó ella misma, al principio eligió para... hacer el experimento, a un guapo mozo que le hacía la corte, y éste fué su error. Para que la prueba tenga éxito, es necesario que constituya un sacrificio para

la mujer y no una satisfacción. No había de pecar por placer, sino sacrificándose para obtener otro beneficio. ¿Está bien claro? Se ha de buscar el beneficio del marido, su buena suerte, y no un beneficio de la mujer como lo sería si se entregaba por amor a otro.

ROS. (*Riendo*). Me parece un poco... estrafalario todo eso.

ALI. Sin embargo, parece que es cierto. Germana me confesó que cuando buscaba la exclusiva para Túnez de que ha hablado mi marido, Durán no tenía la menor probabilidad de conseguirla. Germana pensó... Y un día se dijo que haría la prueba con el que la casualidad le pusiera delante. Se propuso designar al primero que se acercara a su esposo pidiéndole fuego. Ya sabes que su esposo lleva siempre el cigarro en la boca. Pues bien, al primero que le pidió lumbre, Germana le siguió y... Al día siguiente obtenía su marido la exclusiva.

ROS. Un negocio de trescientas mil pesetas.

ALI. Primero fué la concesión de la exclusiva. Para la venta a una compañía inglesa, o sea para el negocio de las trescientas mil, se necesitó otro sacrificio de Germana. Esta vez se propuso la prueba con el primero que, al cruzarse en la calle, dejara caer su bastón o tropezara con él. Bueno, el primero al que le cayó de las manos el bastón delante de ella, fué seguido por mi

amiga y... Al otro día, su esposo realizaba la afortunada venta.

ROS. ¿Y crees que para la concesión de la cruz habrá realizado otro sacrificio?

ALI. Seguramente. Le preguntaré cuando la vea, pero tengo la seguridad. Los refranes, no fallan.

ESCENA XIV

Las mismas y sus esposos

BACH. (*Entrando con Fernando*). ¡Es negocio perdido, definitivamente perdido!

ROS. ¿Qué es ello?

BACH. ¡Una verdadera catástrofe! ¡Una ruina! Acabo de recibir carta de mi agente de negocios, sobre el asunto de Passy (*Dirigiéndose a Alicia*) que iba por buen camino. ayer tuvo una entrevista con los americanos que habían de quedarse los terrenos y, y, cuando parecía que todo quedaba acordado, los americanos han pedido un plazo para reflexionar...

FER. Eso no quiere decir que esté perdido el asunto. Una espera.

BACH. No. En estas cuestiones, cuando se pide un plazo es para evadir el contrato. Estoy seguro. Es negocio perdido. (*Con desesperación*). ¡Con lo que me hubiera redondeado! ¡Quizá cien mil duros! (*Saca su carnet y se pone a hacer números, calculando lo que deja de ganar en el negocio*).

ROS. Desde el momento en que se pierde, ya no vale la pena que se atormente calculando lo que hubiera ganado. Si este negocio sale mal, otro saldrá bien.

BACH. (*Con amargura*). ¿A mí? ¡Ya puede usted apostar que no! A mí no me ha salido de cara ningún asunto. Soy el hombre de la mala sombra. Necesitaría un día el agua del mar y se secaría el mar. Yo soy de los que nacen estrellados.

FER. (*Que está leyendo sus cartas*). ¡Vamos, ya ha salido!

ALI. ¿Alguna mala noticia?

FER. Monleón, el jefe de mi departamento, ha sido nombrado subdirector.

ROS. ¿Entonces tú ascenderás a su puesto?

FER. ¿Yo? ¡A buen seguro que no! Me corresponde, debiera ascender yo en buena ley, y, sin embargo, aquí me dicen que el que tiene más probabilidades es Roberto. Un simplote sin méritos ni condiciones, pero con suerte. Se hará mañana el nombramiento, pero ya doy por descontado que no soy yo el que asciende.

ALI. ¿Quién sabe? Si el nombramiento no está hecho aún...

FER. Como si estuviera. Yo soy de la pasta de Bacholet. Unos nacen con estrella y otros, como Bacholet y yo, estrellados. Ese imbécil de Roberto tiene seguro el ascenso, porque aún es más cornudo que Durán. El refrán se cumple una vez más. (*Se sienta*

y se enfrasca en la lectura de un periódico. Bacholet sigue haciendo cálculos).

ALI. (*A Rosina*). Realmente, ser mujer honrada llega a resultar lamentable. ¡Si una no midiera ciertas cosas, pensando nada más en que tal vez la suerte de nuestros maridos está en nuestras manos...!

ROS. ¿Cómo?

ALI. El sistema de Germana... ¿No eres tú supersticiosa? Pues no es más estúpido creer esto que creer en la felicidad del trébol de cuatro hojas o en la suerte que dá el encuentro de una herradura.

ROS. Sí... claro... es verdad...

ALI. (*Como hablando para sí sola*). Si una se atreviera a probar...

ROS. ¡Estás loca! ¡Engañar a tu marido!

ALI. ¿Prefieres verle desgraciado toda la vida, siempre postergado por la suerte de los otros, y tú reducida a tu modesto pisito, envidiando los lujos de las amigas?

BACH. (*Leyendo el resultado de sus cálculos*). ¡Cuatrocientas sesenta mil pesetas perdidas, tragadas por la tierra, evaporadas! ¡Me han partido por el medio!

FER. ¡A mí sí que me han partido por el medio! (*Estrujando con rabia el diario en sus manos*). Debe haber otros periódicos en el café. Entremos a ver. (*Marcha, seguido de Bacholet*).

ALI. (*A Rosina*). ¿Lo ves? Es cuestión de no dudar más. Tú por tu parte harás lo que quieras, pero yo me arriesgo. Cuando me-

nos no me cabrá después el remordimiento de pensar que no hice cuanto estaba en mi mano para procurar buena suerte a mi marido.

ROS. Hay que reflexionarlo. Somos dos mujeres sin tacha, que no hemos cometido la más leve falta en el tiempo que llevamos casadas y que adoramos a nuestros esposos.

ALI. Yo no reflexiono más. Estoy decidida. Si mi marido no es afortunado, no será por culpa mía. Tú, si lo prefieres, carga con la responsabilidad de tener su suerte en tus manos y no querer sacrificarte en bien suyo.

ROS. ¡Oh! ¡Eso...!

ALI. ¿Acaso nuestros maridos no se sacrifican por nosotras todos los días? ¿No trabajan por nuestra felicidad, para procurarnos el mayor bienestar posible? ¿Y vamos a ser nosotras tan desagradecidas que, cuando sabemos la manera de devolverles sacrificio por sacrificio, dudaremos por vulgares escrúpulos?

ROS. Yo... Si al menos estuviéramos seguras del resultado...

ALI. El resultado que ha obtenido Germana, no puede ser mejor. Se trata de un viejo refrán y todos los refranes son verdaderos. En último caso, si la prueba no nos sale bien, ni será nuestra la culpa ni tendremos nada que reprocharnos, puesto que lo habremos hecho con el mejor fin.

ROS. Lo malo es que el ascenso de Fernando se ha de resolver mañana y... decidirme tan

de repente a un paso tan grave... y con un desconocido, un hombre cualquiera designado por la casualidad... Al menos, cuando media una pasión, parece que una caída tiene alguna escusa...

ALI. (*Designando a Gastón que en aquel momento apareee a la puerta del Casino y pasa ante ellas mirando con ostensible interés a Rosina*). Comprendo. Tú te decididirías con más facilidad si la suerte designara a ese elegante joven para hacer la prueba... ¡Cómo te mira!...

Ros Al menos... la cosa sería menos desagradable para mí.

ALI. Pero por eso mismo no surtiría efecto, puesto que en la prueba habría poca cantidad de sacrificio. Veamos, terminemos de decidirnos. ¿Tú amas a tu marido, sí o no?

ROS. Con alma y vida. Pero nunca creí que un día me vería en el caso de engañarle por amor a él.

ALI. También yo amo con alma y vida a mi esposo. (*Enterneeiéndose*). ¡Pobre Adalberto!

ROS. (*Igual tono*). ¡Pobre Fernando!

ALI. En fin, se trata de su felicidad. Es en bien suyo.

ROS. Sí; por su suerte.

ALI. Tengamos valor. El primero que se acerque a pedir fuego a mi marido... No, que Adalberto no fuma. El primero al que se le caiga el bastón al pasar ante mi marido...

ROS. Yo, el primero que pida fuego a Fernando.

ALI. Eso. No dudemos más. Todo por la buena

estrella de nuestros maridos. (*En este instante vuelven del café los esposos y ellas se abalanzan a sus cuellos amorosamente, besándoles con pasión*).

ROS. (*A Fernando*). No te desesperes así. Tu desesperación no ha de cambiar las cosas y solo sirve para aumentar la pena de los dos. Enciende un buen cigarro para que te disipe los negros pensamientos.

FER. Tienes razón. Es inútil excitarse los nervios. (*Sacando un cigarro y ofreciendo otro a su amigo*). ¿Quieres, Bacholet?

BACH. Ya sabes que no gasto. Déjame seguir mis cálculos. (*Se sienta y se absorbe en sus cuentas. Fernando, a su lado, sigue con atención las operaciones matemáticas del arquitecto*).

ALI. (*A Rosina*). Nosotras... a esperar el designado por la casualidad.

ROS. ¡El corazón me da unos golpes terribles!

ESCENA XV

ROSINA, ALICIA, FERNANDO, BACHOLET, CABALLÓN, NADIR, GUDULA, VAN BRICK, PABLO, un bañista, JULIANA y comparsa de veraneantes, que no hablan, pero gritan.

CAB. (*Saliendo del Casino, fumando su enorme cigarro*). Ya sabía yo que había de ganar. Hoy estoy muy contento.

ROS. (*A Alicia*). Fíjate qué tipo. Afortunadamente lleva el cigarro encendido.

ALI. Y no lleva bastón.

CAB. (*Dando fuertes chupadas a su cigarro*). ¡Maldito cigarro! ¡Ya se ha apagado otra vez!

ROS. (*A su amiga*). ¡Se le ha apagado el cigarro! ¡Dios haga que lleve fósforos!

ALI. (*A Rosina*). Con ese fantoche, sería horroroso!

CAB. He hecho bien en aceptar la caja de Antonín. (*La abre*). ¡Vaya un obsequio que me ha hecho! Total queda una cerilla.

ROS. (*Con angustia*). ¡Dios mío, haz que se encienda!

CAB. (*Frota la cerilla contra el rascador de la caja; luego contra su pantalón; después contra la suela de su zapato, etc. Rosina permanece ansiosa, medio muerta de angustia. Finalmente Caballón lanza la cerilla por inútil*). ¡Maldita caja! ¡Pues sí que me ha hecho un regalito el director! ¡Una sola cerilla y sin cabeza!

ROS. (*Se levanta vivamente y agarra a su marido por el brazo, tirando de él*). ¡Vámonos, Fernando!

FER. ¿Que nos vayamos? ¿Qué te pasa?

ROS. Un dolor de cabeza repentino... y muy fuerte... ¡Ven, ven! (*Fernando se levanta, extrañado. Caballón le apercibe y ve que lleva un cigarro en la mano, por lo que se acerca a él*).

CAB. (*A Fernando*). ¿Me permite usted encender, caballero?

ROS. (*Con desesperación*). ¡Demasiado tarde!

FER. (*A Caballón*). Con mucho gusto.

CAB. (*Después de encender*). Muchas gracias, caballero. (*Marcha por la entrada del café*).

ALI. (*A Rosina*). ¡Poco te ha favorecido la casualidad, pobre amiga! (*Entra Nadir jugando coquetonamente con su bastoncito y, al pasar ante Bacholet, se le escapa de la mano. Bacholet lo recoje y se lo entrega. Nadir le da las gracias y desaparece por el Casino*). ¡Oh! ¡Se le ha caído el bastón!

ROS. (*A Alicia*). ¡Tampoco tú has estado favorecida, pobre amiga!

ALI. ¿Quién será? ¿Cómo se llamará?

ROS. La camarera del café sabrá informarnos. Vamos a preguntarle. (*Salen las dos, quedando un momento solos los maridos*).

FER. Vamos, Bacholet, deja ya los cálculos. No hay necesidad de que pasemos una mala noche, cuando aún no hay nada definitivamente perdido.

BACH. Tienes razón. No cuento más. Que sea lo que Dios quiera.

FER. Sobre todo, cuando tenemos ocasión de distraer estas preocupaciones pasando una buena noche en San Juan.

BACH. ¿Aún piensas...?

FER. Más que antes. Necesitamos disipar el mal humor. Imaginemos la escusa para nuestras mujeres.

ROS. (*Saliendo con su amiga*). Caballón, luchador.

ALI. (*También en voz baja*). Nadir, secretario del príncipe Moufkar.

ROS. Circo Capulade, en San Juan de Luz.

ALI. Hotel Continental, en San Juan de Luz.

FER. (*A su mujer*). ¿Qué? ¿Ha pasado aquel dolor de cabeza?

ROS. Un poco...

FER. Sin embargo, harías bien en acostarte pronto. Será neuralgia a causa de la humedad.

ROS. Pero si me acuesto pronto, os fastidio la velada, y precisamente hoy estáis necesitados de distracción...

FER. De eso hablábamos. Bacholet me proponía ir a cenar a San Sebastián y matar unas horas en cualquier teatro.

ROS. Muy bien. Me parece una magnífica idea. Alicia me hará compañía y vosotros os vais a cambiar de humor.

FER. (*A Bacholet*). La cosa no puede salir mejor.

ALI. (*A Rosina*). La cosa no puede presentarse mejor.

(*Entra un bañista que, equivocando la caseta, empuja la puerta de la caseta del matrimonio holandés. Van Brick sale con su enorme bastón amenazando al intruso*).

VAN. ¡Ah, miserable! ¡Ahora no me escaparás! ¡Canalla! (*El inocente bañista huye asombrado. Van Brick le persigue con su bastón. A los gritos de espanto que lanzan Rosina y Alicia, acude Caballón y Pablo y mucha gente que sale atropelladamente del café y del Casino. El bañista inocente tropieza con todos y la persecución se hace todo lo ridícula posible, entre gritos y tropezones de todos. Pablo, aprovechando la ocasión, se cuela con sigilo en la caseta de Gudula*).

PAB. Nunca mejor ocasión que ésta. Puesto que el marido cree perseguir al amante de su mujer, nosotros tenemos tiempo...
(*Cae el telón, en momento de confusión general, tropezones, gritos y risas*).



ACTO SEGUNDO

(El escenario, dividido en tres partes, representa: la parte central, el vestíbulo de un hotel — Hotel Continental, de San Juan de Luz — la de la derecha, visible al público, el interior del cuarto núm. 4, el cual comunica por una puerta que queda frente al público, con el cuarto núm. 3. A izquierda, en igual disposición, el interior del cuarto núm. 1, que también comunica con el núm. 2. Las puertas de los cuatro están naturalmente en la parte central, o sea el vestíbulo. Al fondo, puerta del cuarto núm. 5. Entre éste y los cuatro primeros hay hueco bastante para suponer la escalera que comunica con el piso superior y sube del inferior. Es de noche. Los cuarto núm. 1 y núm. 4, visibles, tienen respectivo lecho con cortinas, un sofá, una silla, un paravent, percha, etcétera).

ESCENA PRIMERA

La señora POMMIER, LEÓN y, luego, NADIR

SRA. POM. ¡León! ¡León!... Hace una hora que le llamo. ¿Sabe usted que son ya las doce?

LEÓN. Sí, señora, y quisiera que todos los hués-

pedes hubieran vuelto ya; pero no vuelven. Especialmente el señor Caballón.

SRA. POM. ¿Y la señorita Lélia, la ecuyére?

LEÓN. Esa vuelve muy tarde... si es que vuelve.

SRA. POM. ¿Cuántos cuartos quedan libres?

LEÓN. El 3 y el 5. En el segundo piso, ninguno, absolutamente ninguno.

SRA. POM. (*A Nadir, que sube*). ¡Ah, señor Nadir! ¡Muy buenas noches! Viene usted un poco tarde esta noche.

NAD. Su Alteza me ha estado dictando su correspondencia luego de la cena. Y lo peor es que debo de acompañarle en un paseo en auto, que se le ha ocurrido ahora. Seguramente no vendré a acostarme hasta las diez de la mañana.

SRA POM. ¡Sí que es un paseíto intempestivo!

NAD. ¡Qué le vamos a hacer! Son los pequeños inconvenientes del cargo. Con su permiso, voy a recoger alguna cosa de mi cuarto. (*Entra en su habitación, que es la núm.* 4).

LEÓN. (*A su patrona, riendo*). ¡Si su cargo no tuviera otros inconvenientes que ese!

SRA POM. ¿Qué quieres decir?

LEÓN. Pues... que he sabido cuál es el verdadero cargo del señor Nadir y que... ¡vamos, que tiene la mar de gracia!

SRA POM. Es secretario del príncipe...

LEÓN. Sí, pero con una misión especial. He visto una tarjeta de nuestro huésped y he leído, debajo de su nombre y unos apellidos muy raros, en letras muy claras: "Secretario de

S. A. el príncipe Moufkar. — Jefe de los eunucos".

SRA. POM. ¿Cómo? —

LEÓN. Tal como suena. Y su misión consiste, cuando están de viaje como ahora, en buscar y contratar mujeres para el serrallo del príncipe. Y cuando están en su país, guardar a las odaliscas para que no puedan ser infieles a su señor. ¿No se ha dado usted cuenta de su vocecita tan poco masculina? ¿Y su modo de andar tan... poco masculino?

SRA. POM. Sí, es verdad. Pero, entonces ¿por qué recibe tantas visitas de mujeres? Esta misma noche, ha venido una dama a preguntar tres veces por él.

LEÓN. Ya le he dicho. Mujercitas que buscan colocación en el serrallo del príncipe.

SRA. POM. ¡Y yo que le creía un loco por las faldas!

LEÓN. No hay cuidado. Las faldas no le harán cometer locuras.

SRA. POM. (*Consultando su reloj*). Bueno, León, son las doce y cuarto. Voy a descansar. Si se presenta algún nuevo huésped, espero que le atienda como es debido.

LEÓN. Descuide, señora. Hasta mañana.

ESCENA II

LEÓN y CABALLÓN. Luego BACHOLET

(*Al marchar la señora Pommier, se cruza con Caballón, que sube cargado de coronas. La hotelera le felicita y desaparece*).

LEÓN. Buenas noches, señor Caballón. ¡Qué cargado viene usted de flores y coronas!

CAB. He vencido a Rempart, el campeón de Suecia. Las flores me las han tirado las mujeres. ¡Oh, las mujeres! En cuanto ven a uno mostrando buenos músculos y atizando mamporros con la fuerza de un elefante, se vuelven locas y echan flores, como echarían... cualquier cosa. Por cierto, ¿no ha venido una dama a preguntar por mí? He recibido una cartita (*sacándola del bolsillo*) anunciándome su visita para esta noche. ¿No ha venido? Bueno, es igual. Si viene, la haces pasar.

LEÓN. Perfectamente, señor Caballón. Enhorabuena por su triunfo.

CAB. Gracias, gracias. (*Entra en su cuarto, o sea el núm.* 1).

LEÓN. (*En el teléfono que ha sonado*). ¡Diga!... ¿Ah, es usted, señora Pommier? ¿Qué pasa?... ¿Un viajero que ha perdido su cartera y llega sin dinero? ¡Mal negocio!... En fin, si usted lo desea... Le daré el núm. 5, pero ya verá usted como no pagará... Bien, bien.

BACH. (*Entrando a poco*). ¡Mozo! El cuarto número 5...

LEÓN. Enseguida. Este es, caballero. Pero cónstele al señor que hay la costumbre de pagar adelantado, cuando sólo se viene por una noche

BACH. He perdido la cartera. Al salir del circo me ha tropezado un ciclista, me ha tirado por

tierra, me ha hecho revolcarme en el barro y al levantarme me he encontrado sin reloj, sin monedero, sin documentos y sin cartera. (*Al hablar muestra su traje y su sombrero, munchados de lodo*).

LEÓN. (*Con frialdad*). Sí que es mala suerte.

BACH. En todo me sucede igual. Soy de los que nacen estrellados. Usted me hará el favor de cepillarme un poco la ropa y hacer coser mi pantalón. Se me ha hecho un desgarrón enorme.

LEÓN. Ya, ya lo veo.

BACH. (*Entrando en su cuarto*). Hasta luego. ¡Vaya una excursión divertida y vaya juerguecita! ¡Cualquier día vuelven a pescarme para otra!

ESCENA III

ROSINA y CABALLÓN. Un momento, LEÓN

(*Al entrar Bacholet en su cuarto, aparece Rosina que se dirige al camarero, el cual la empuja al cuarto de Caballón. Llama a su puerta y sale el luchador. León marcha al piso de arriba*).

ROS. ¿Señor Caballón...?

CAB. Yo mismo, señora. Adelante. (*Entran ambos, quedando visibles al público, puesto que es visible todo el interior de este cuarto*). No se encorte usted, señora. Estoy muy habituado a recibir visitas de señoras.

Ros. Sí, supongo... Cuenta usted con muchas admiradoras.

Cab. ¡Uf! Son docenas las que se encaprichan de un luchador de mi categoría y de mis éxitos. ¿Me ha visto usted trabajar esta noche? ¿No estaba usted en el circo? Pues se ha perdido una sesión magnífica. ¡Hubiera usted visto golpes, los que le he arreado al idiota de Rempart! Ha sido un triunfo colosal... Pero no esté usted ahí parada en la puerta. Pase, pase... Todas hacen igual. Al venir, todas parece que tienen miedo de entrar, y una vez dentro... Todas igual. ¡Vamos, pase! (*Tirándole de un brazo*).

Ros. (*A parte*). ¡Qué grosero! ¡Qué bruto!... Nunca podría con él...

Cab. Usted me habrá visto otras noches y se habrá marvillado de mis bíceps y de mis pectorales, ¿verdad? (*Se quita el abrigo y se muestra en traje de lucha*). Y habrá sentido el deseo de verme de cerca, ¿verdad? Pues toque usted y se convencerá... toque usted (*presentándole un brazo*). ¿Eh? ¿Qué le parece? Toque ahora las piernas... Toque, toque... Como una escultura de piedra ¿eh?

Ros. (*A parte*). ¡Oh, no, no. Imposible! Es demasiado bruto.

Cab. ¿Me ha visto usted levantando pesos? Es mi especialidad. Mire usted (*cogiendo unas pesas que tienc en su cuarto*). Ve usted este juguete? Son sesenta kilos. Usted no podría moverla ni con manos y piernas. Pues bien, yo la levanto con una sola mano y sin de-

jar la sonrisa de los labios. Mire usted... (*Ejecuta el ejercicio como si se hallara en el circo, saludando antes de tomar la pesa y después de levantarla*). ¿Ve usted? ¡Con la sonrisa en los labios!

ROS. (*Siempre aparte*). Decididamente, no puedo. Es superior a mis cálculos. No puedo con tanto sacrificio, no puedo.

CAB. Estarás maravillada, ¿verdad, pequeña? Pues ahora verás este mismo ejercicio, con los pies. (*Se tiende en tierra, sobre su espalda, para levantar la pesa con un pie. Rosina, que busca con desesperación la puerta, al verla entreabierta exhala un suspiro y escapa por ella*). ¿Ve usted con qué facilidad? ¡Y con la sonrisa en los labios! (*Se levanta, saluda y queda petrificado al verse solo. Busca a la dama por todas partes, hasta debajo de la cama. Al no encontrarla, pronuncia unas cuantas frases de asombro, luego otras de desprecio y acaba por encogerse de hombros y desaparecer detrás del biombo*).

ESCENA IV

LEÓN, GUDULA, PABLO, BACHOLET, ALICIA y NADIR

LEÓN. (*Ha cruzado la escena al oirse un timbre y luego sube acompañando a Gudula y a Pablo*). Por aquí, hagan el favor. Es el único cuarto disponible. El número 3. (*Abriéndo-

les la puerta). Que pasen buena noche. Hasta mañana.

GUD. (*Bajo, a Pablo*). ¡En tal de que no nos haya seguido!

PAB. (*A Gudula, en igual tono*). Puedes estar bien tranquila. Nunca encontraríamos tan buena ocasión. Yo te había seguido desde Biarritz sin la menor esperanza y he aquí que, cuando ibais a tomar el tren de regreso, tu marido se lanza sobre un desconocido, tomándole por tu amante. Se arma el gran escándalo como en el baño de la mañana; se arremolina la gente y, aprovechando la confusión, nosotros desaparecemos. Podemos estar seguros de que no han de venir a buscarnos aquí. Mañana regresas a Biarritz y dices a tu esposo que has pasado la noche buscándole. No dudes, amor mío. Seamos felices toda una noche...

GUD. ¡Oh, Pablo mío! ¡Toda una noche en tus dulces brazos...! (*Entran en su cuarto y desaparecen de la vista del público. Con lo cual hacen muy bien; porque si llegan a entretenerse un poquito más... nos hacen presenciar ternuras completamente deshonestas*).

LEÓN. (*Vuelve, acompañando a Alicia*). Ese es su cuarto. Ha regresado hace un momento. (*Llamando a la puerta del núm.* 4). ¡Señor Nadir!

NAD. (*Dentro. Estaba visible durante las anteriores escenas, pero muy enfrascado en la lectura de un libro*). Adelante.

LEÓN. (*Entrando*). Es una señora que desea verle.

NAD. ¿A estas horas? Es un poco tarde y casi es ya tiempo de ir a reunirme con Su Alteza.

LEÓN. Ha venido tres veces y como usted no estaba...

NAD. Hazla pasar.

ALI. Señor Nadir...

NAD. Sí, yo, yo mismo. Pase usted... Tengo mucho gusto... Hágame el obsequio de sentarse...

ALI. (*Sentándose*). Espero que me perdone si vengo a molestarle en una hora tan intempestiva; pero he venido antes tres veces y... Con su permiso... Yo soy... Dispense usted mis titubeos. Estoy emocionada, muy emocionada... Hay cosas que parecen muy sencillas mirándolas de lejos, y después, llegado el momento... En fin, confío en que usted sabrá comprenderme... Es la primera vez que doy un paso así...

NAD. Tranquilícese usted. Tranquilícese y confíe en que, por el contrario de lo que a usted le sucede, yo estoy más que acostumbrado a estas visitas y estas escenas... Podría decirle que a diario y hasta varias en un mismo día...

ALI. (*Con admiración*). ¡Oh! ¡Varias en un mismo día!

NAD. Lo cual es mucho mejor, puesto que me permite hacer la elección más cuidadosa. No tema usted. No habrá perdido nada por venir más tarde. A primera vista parece usted una mujer bonita y joven... Sí, bonita

y joven... ¿Quiere hacerme el favor de quitarse el sombrero? Muchas gracias... Sí, una buena mata de cabellos. Y es un rubio natural... (*Examinando con detención la bella cabellera de Alicia*). Aquí no hay tinturas ni agua oxigenada... ¿Quiere hacerme el favor de sonreir? Muy bonitos dientes, muy bonitos. Iguales, blancos, pulcros. Tiene usted una admirable dentadura... (*Alicia ríe, encontrando graciosa la originalidad de aquel hombre*). ¿Me permite ver ahora el pie? Alce más la falda... Bien; pie pequeño y elegante. ¿Quiere usted levantar la falda un poquito más? Bien, gracias. Posee usted unas hermosas pantorrillas, torneadas, bastante carnosas, esbeltas... (*Va a tocarlas y Alicia, sin darse cuenta, se hace atrás y baja su falda*). Bien; no es necesario tocar, porque salta a la vista. He podido apreciar que es dura la carne de los muslos... dura y blanquísima... Un verdadero bocado de príncipe.

ALI. (*Sofocada*). ¡Oh, caballero!...

NAD. Hágame el obsequio ahora de quitarse el corsé... ¿Lleva usted corsé? Cuando menos, desabroche el corpiño...

ALI. Si hiciera usted el favor de apagar la luz...

NAD. ¿Apagar? En ese caso no vería nada y es preciso que vea sus brazos, su espalda, sus desarrollos pectorales... Vamos, no perdamos tiempo. Le aseguro a usted que todas las que han venido antes, han quedado en camisa, sin vacilaciones.

ALI. —Pero es que yo no... nunca... ¡Oh, yo no había pensado en los preliminares!

NAD. Vamos, señora, ¿No ha venido ustel para eso?

ALI. Sí, pero... Comenzar la escena por donde suele acabar... Y con tanta luz...

NAD. Permita que le ayude. (*Alicia se deja hacer, con gestos de verdadero rubor. Nadir la desprende de su traje y de toda ropa interior, dejándole solo la camisa y las medias. Ella se cubre la cara con las manos y está realmente deliciosa con sus rosados brazos desnudos, en actitud pudorosa, procurando subir la camisa que escasamente cubre la mitad de sus redondos senos, y tratando de alargarla por debajo para tapar el comienzo de sus muslos que destacan rotundos y nacarados. Durante estos gestos y movimientos de ellas, él la contempla a distancia con aire de examinar haciendo cálculos y comparaciones mentales. Luego se le acerca, da unas suaves palmaditas en el desarrollado seno de la rubita y repite otra palmada en su abultada parte posterior. Alicia se estremece, vuelve a cubrirse la cara con las manos y exclama*):

ALI. ¡Oh, pobre Adalberto! ¡Por tu bien, esposo mío! ¡Para darte suerte!

NAD. Muy bien, muy bien. Reune usted todas las condiciones. Creo que será una buena adquisición. Ahora solo nos falta tratar de las condiciones.

ALI. (*Asombrada*). ¿Condiciones?

NAD. Mil pesetas mensuales. Café en todas las comidas. Confituras a discreción...

ALI. Caballero, yo no... Yo no me vendo. Yo no he venido por interés de su protección. He venido arrastrada por una simpatía hacia usted... Al verle esta mañana en Biarritz me he sentido cautivada...

NAD. ¿Por mí? —

ALI. (*Acercándosele cariñosamente, mirándole con pasión y tendiéndole los brazos con ademán de ofrecimiento*). Sí... por usted, Nadir...

NAD. Pero señora, yo... yo no puedo...

ALI. ¿Cómo? Cuando una mujer honrada se decide a olvidar su honestidad por pasión avasalladora, ¿sería usted tan falto de corazón que...?

NAD. ¡Oh, señora, no es el corazón lo que me falta!

ALI. (*Volviendo a acercársele insinuante, ondulando su gracioso cuerpo, echándole los brazos al cuello*).Entonces, ¿es que no soy de su gusto? ¿Por qué duda? (*Haciéndole inclinar la cabeza hasta el pecho de ella y obligándole a rozar sus mejillas contra las aterciopeladas protuberancias*).

NAD. (*Sofocado, tratando de huir*). Señora, por favor...

ALI. (*Llevándole al sofá, haciéndole sentar y sentándose ella en sus rodillas*). No dudes más. Mayores dudas tenía yo al traspasar tu puerta y heme aquí dispuesta a todo, decidida a todo... ¿No dices que te gusto?

¿No me tienes en tus brazos y en camisa? ¡Pues aprovéchate, tontín!

NAD. Señora, es que aquí media confusión. Yo no soy lo que usted cree?

ALI. ¿No eres Nadir?

NAD. Sí, Nadir, secretario de Su Alteza el príncipe Moufkar; proveedor de su harem y jefe de sus eunucos.

ALI. (*Saltando de sus rodillas, indignada*). ¿Cómo? ¡El jefe de los eunucos! ¿Es decir que usted...?

NAD. Creí que usted venía a ofrecerse para el harem de Su Alteza. Yo... Ya comprenderá usted que no puedo...

ALI. (*Con creciente indignación*). Entonces, caballero, ¿para qué ha dejado usted caer su bastón?

NAD. ¿Mi bastón? No le entiendo a usted.

ALI. Es igual. Me entiendo yo. (*Tomando sus ropas para vestirse*). Podía usted haber hablado desde un principio. Podía usted haberme ahorrado este sofoco y esta vergüenza. Podía usted...

NAD. (*Mirando su reloj*). Perdone usted, señora, pero el príncipe me está aguardando. He de marchar corriendo.

ALI. Deje usted al menos que me vista.

NAD. Puede usted hacerlo sin mi presencia y con toda tranquilidad. Le dejo la habitación. Cuando concluya, salga y deje la llave en la cerradura. Servidor de usted, señora. (*Marcha, saludando*).

ALI. ¡Oh, Dios mío, qué escena tan ridícula!

¡Pobre esposo mío! ¡Bien puedes decir que tienes desgracia en todo! (*Desaparece con sus ropas en la mano, detrás del biombo, suponiéndose que se viste allí*).

ESCENA V

LEÓN, LAVERDIÈRE y ALICIA

LEÓN. (*Subiendo con Laverdiére*). Le juro a usted que no hay ni una habitación vacante. Si usted me asegura que es solo para dormir unas horas y que dejará el cuarto antes de las diez de la mañana...

LAV. (*Dándole una moneda*). Toma y condúceme a ese cuarto.

LEÓN. Es el del secretario de un príncipe turco que acaba de salir para una excursión con Su Alteza, y me ha dicho que no volverá hasta las diez. Si el señor lo desea para sola la noche y a condición de que nadie lo sepa... Aquí es, caballero. (*Ante la puerta núm.* 4). Precisamente había cambiado hoy las sábanas. Que descanse usted. (*Marcha. Penetra Laverdiére sin necesidad de dar la vuelta a la llave, pues la puerta quedó entornada al salir Nadir, y, al entrar cierra por dentro. Alicia, que estaba vistiéndose detrás del biombo, al oir ruido saca la cabeza y se encuentran cara a cara los dos personajes*).

ALI. ¡Ah! ¡Usted! ¡Oh, Dios mío!

LAV. Señora... Le aseguro a usted que estaba

muy lejos de imaginar encontrarla aquí. El mozo me ha dicho que la habitación estaba desocupada y...

ALI. Lo estará ahora mismo. Hágame el obsequio de esperar un minuto. ¡Pero no dé un paso adelante, por favor!

LAV. Puede estar tranquila, señora, que no abusaré de las circunstancias, por más tentadoras y propicias que sean. Me marcharé. La dejo y dejo la habitación para usted.

ALI. De ninguna manera. Soy yo quien se marmarcha. Hágame el favor de darme el corsé que me he dejado sobre el sofá. Démelo por encima del biombo, pero sin asomar la cabeza... Termino enseguida y le dejo el cuarto libre.

LAV. Repito que soy yo el que marchará.

ALI. ¡No, no! Marcharé yo, porque tengo mucha prisa en regresar a Biarritz. He venido a pasar la velada en casa de unos amigos y al dirigirme a la estación me he sentido un poco enferma y he querido entrar en este hotel para reponerme y... (*Saliendo de detrás del biombo a medio vestir, con* el *corsé en una mano*). Me voy enseguida, me voy enseguida.

LAV. ¡Pero, señora, ahora no es posible! Ahora no hay ningún tren para Biarritz.

ALI. ¿Cómo? ¿No hay ningún tren? ¡Oh, qué contratiempo tan molesto! ¿Qué hora es, pues?

LAV. Pasa de las doce y media. Hasta primeras horas de la mañana no tendrá usted tren.

Lo mejor que podría hacer, señora, es aprovechar la casualidad de que el inquilino de este cuarto no volverá hasta las diez, y descansar hasta el primer tren. Yo... yo no quiero molestarla. Yo me iré a dormir sobre las piedras de la calle.

ALI. ¡No, eso, no! Pida usted otra habitación.

LAV. Ya lo he hecho, señora, pero el hotel está lleno y lo mismo los otros hoteles que he recorrido antes.

ALI. Pero yo no puedo consentir... Usted venía a esta habitación por convenio con el encargado y... no puedo consentir que por mi culpa pase la noche al raso...

LAV. Hay un medio, señora, pero usted no consentirá... Hay la solución de dejarme dormir en este sofá.

ALI. ¡Oh, no! Me fío poco de usted y no podría dormir sabiendo que un extraño a mi familia pasaba la noche a dos pasos de mi cama.

LAV. Le doy palabra de una discreción absoluta. Usted en la cama, oculta por las cortinas, y yo aquí quietecito, sin moverme para nada. Palabra, señora, palabra!

ALI. (*Luego de alguna vacilación*). Si cumpliera usted su palabra... Pues bien, acepto para no exponerle por mi culpa a pillar un reuma. Aquella, mi casa (*señalando la cama y luego el sofá*), y ésta es la de usted.

LAV. De la que dispone usted como de la suya.

ALI. (*Sonriendo*). Muchas gracias, pero no tema que le haga igual ofrecimiento. ¿No ha-

rá usted que me arrepienta de mi concesión? Pues hasta mañana. A descansar y... a no volver la cabeza. (*Desaparece detrás del biombo y se supone que comienza a desnudarse*).

LAV. Hasta mañana, bellísima vecinita. (*Se tumba en el sofá, sin desnudarse, como quien no tiene la menor intención de dormir todavía*).

ESCENA VI

CABALLÓN y LÉLIA. Luego, FERNANDO

LÉL. (*Llamando a la puerta del luchador*). ¡Buenas noches, Caballón!

CAB. (*Asomándose al corredor*). ¡Ah! ¿Eres tú?

LÉL. Sí, yo. ¿Qué te extraña?

CAB. Me extraña que vengas a llamarme para burlarte de mí. Sí, para burlarte de mí. ¿Es que no recuerdas lo que me prometiste en Biarritz? Pues bien, ya sabes que he vencido a Rempart y...

LÉL. Te lo prometí para el caso de poder ser, y yo no tengo la culpa de haber encontrado a un antiguo amigo.

CAB. El imbécil con quien has estado coqueteando toda la velada y con el que te fuiste a cenar. ¿Le has plantado?

LÉL. No. Sube detrás de mí.

CAB. ¡Ganas me dan de esperarlo para hacerle bajar por el hueco de la escalera! ¿Y para eso he despreciado yo a una marquesa? ¡Sí,

a una marquesa! Una marquesa o duquesa que ha venido hace un momento a ofrecerme su amor. ¿No sabes que lo que tú tienes en tan poco, en cambio vuelve locas a las damas del gran mundo? ¡Toma, lee, mira si no es verdad lo que te digo. (*Enseñándole una carta*). Aquí verás que me anuncia su visita para expresarme su admiración esta noche. (*Volviéndose a Fernando que ha entrado y se ha ido acercándo a la pareja*). Lea usted caballero, vea si es verdad que una gran dama...

FER. (*Rechazando la carta*). No, no. Los secretos de una dama no deben profanarse.

CAB. Es verdad, No sería discreto.

LÉL. ¿Vamos, Fernando?

FER. ¿Cómo no? Es mi mayor deseo. (*Se despide con un gesto del luchador y va con la ecuyére al cuarto de ésta, que es el núm. 2. Caballón queda a su puerta, haciendo ademanes amenazadores y luego entra en su habitación, amenaza con el puño cerrado al tabique que separa su cuarto del de Lélia; agarra una silla para estrellarla contra el tabique, sin llegar a hacerlo y por fin se calma un poco, aunque continúa haciendo gestos y ademanes raros*).

ESCENA VII

ROSINA, GASTÓN y CABALLÓN

ROS. (*Subiendo al pasillo, seguida de Gastón*).

¡Camarro, camarero!... ¡Oh! ¿Todavía me sigue usted?

GAS. Por bien de usted, señora. Una dama sola. de noche y por calles mal alumbradas, va expuesta a mil peligros. Para evitárselos me he lanzado en su seguimiento, al verla salir de la estación.

ROS. Había ido creyendo encontrar tren para regresar a Biarritz y creyendo encontrar a una amiga. Al encontrarme sin amiga y sin tren, volvía a la población y al apercibirme de que usted me seguía, me he azorado un poco y he entrado en este hotel, donde no querría venir por nada del mundo.

GAS. Lamento infinito haberle producido tan mal efecto. Me marcho, puesto que usted me lo exije, pero antes permita que aproveche la ocasión para decirle que, desde que tuve la suerte de encontrarla en el casino de Biarritz, mi corazón experimenta por usted...

ROS. ¿Cómo, caballero? ¿Una declaración?

GAS. Una declaración que ardía en deseos de hacerle. Yo...

ROS. ¡Caballero, no se me acerque usted!

GAS. No tema, señora. Mis sentimientos son demasiado nobles para soñar la menor violencia. Mi amor, señora...

CAB. (*Que al rumor de la conversación se ha ido acercando a su puerta, abre ésta y aparece en el pasillo, reconociendo a Rosina. Lanza una exclamación de alegría y sale a enlazar a la dama por la cintura*). ¡Hola, pe-

queña! ¿Has vuelto? Ya estaba yo seguro de que volverías. ¡Pasa, pasa, hermosa!

Ros. (*Rehuyendo*). ¡Por favor, caballero, déjeme!

Cab. ¿Que te deje? ¡Vamos, no seas tontina! Pasa, pasa y verás lo dulces que te resultan estos brazos de hierro! (*Forcejeando para arrastrarla a su cuarto*).

Gas. ¡Alto, caballero! (*Poniendo su mano en la espalda de Caballón*). Exijo a usted que guarde el debido respeto a esta señora.

Cab. ¿Y a qué santo te metes tú en lo que no te importa? ¿Quién te da vela en este entierro?

Ros. (*Asustada*). ¡Por Dios, caballeros! ¡Yo les suplico...!

Gas. No tema usted, señora. (*Volviéndose a Caballón*). Nadie me da vela, porque me la tomo yo y le repito que le exijo trate a esta señora con el mayor respeto.

Cab. ¡Ah! ¿Querrías que te obsequiara con un buen golpe?

Cas. Prueba, si te parece. Casi me gustaría darte una lección.

Cab. ¿A mí? ¿Una lección al invencible luchador Caballón?

Gas. ¿Ah? ¿Tú eres el luchador del circo Capulade? Pues vamos a ver de qué te sirven tus puños. (*Colocándose en actitud de lucha, luego de haberse quitado la americana*).

Cab. ¿Me desafías? ¿No te impone miedo mi nombre? ¡Pues ahora verás si es posible darme una lección!

Ros. ¡Por favor, caballeros! ¡En nombre de

Dios!... (*Los dos hombres comienzan la lucha. Caballón ataca como en un pugilato de boxeo, pero Gastón le administra un golpe de "jiu-jitsu", que no espera su rival, y le hace declararse vencido. La lucha dura muy escasos minutos*).

CAB. ¡Maldita sea! ¡Vencido por primera vez, y por un tipo semejante y por un golpe desconocido!

GAS. Es el "jiu-jitsu". Cada uno pelea como sabe.

CAB. ¡Ah! ¿Eres también del oficio? Esto cambia la situación. Debías haberlo dicho desde un principio. Entre camaradas no hay discusiones ni rencores. (*Ofreciéndole la mano que Gastón estrecha*). ¡Honor al vencedor! Me has vencido en toda regla y, por tanto, tuyo es el campo y tuya la dama.

GAS. (*Riendo*). Pero, hombre, ¿qué dices?

CAB. ¿Es que no hablo claro? ¡Puesto que hemos luchado por ella y has vencido, tuyo es el laurel! Toma (*empujando a Rosina hacia Gastón*) te la cedo, como te cedo mi cuarto. ¿No ,lo entiendes aún? ¡Adentro, hombre adentro! (*Les empuja a los dos hasta que entran en su cuarto y les cierra por fuera*).

ROS. ¡Oh, caballero, esto es un absurdo!

GAS. Señora, ya ve usted que no ha sido por mi culpa. Yo sólo he tratado de defenderla contra ese hombre que intentaba forzarla. Pero me retiro en seguida.

ROS. ¡No, todavía no! Estará aún ahí fuera y podría repetirse la pelea, exponiéndonos a llamar la atención de los huéspedes.

CAB. (*A sí mismo*). ¡Me ha vencido! ¡Y yo he sido tan cobarde que he disimulado la rabia que sentía! ¿Es que ya no tengo dignidad ni nervios? (*Viendo a Van Brick que en aquel momento sube al hotel buscando a su esposa*). ¡Hola! ¡El celoso cornudo! ¡Tú me las pagas! (*Se avalanza a él, le quita el bastón y comienza a sacudirle*).

VAN. (*Asombrado y muerto de miedo*). ¡El mismo de Biarritz!

CAB. Llegas a punto. Contigo me desahogo, idiota! (*El holandés huye, perseguido por Caballón que va dándole bastonazos*).

ESCENA VIII

ROSINA y GASTÓN. Un momento FERNANDO

ROS. No oigo nada. (*Con el oído pegado a la puerta*).

GAS. Pues bien, si está el paso franco, permita que me retire.

ROS. Antes le he de hacer presente mi reconocimiento...

GAS. No vale la pena, en absoluto.

ROS. ¡Oh, sí! Un desafío por mí y con un hombre semejante... ¡No sabré decirle cuánto le agradezco su intervención y el valor que ha demostrado.

GAS. Es otra cosa que valor, señora. Es amor. Pero, puesto que usted no quiere que hable de esto... (*Le estrecha la mano que Rosina le abandona con cierta languidez. Luego*

trata de salir y entonces ve que la puerta está cerrada por fuera).

ROS. ¿Cómo? ¿Estamos encerrados?

GAS. Sin que tampoco sea por mi culpa, señora. Estamos encerrados, pero no es tan grave la situación. Bastará con llamar al camarero. Debe haber timbre. (*Lo encuentra, en efecto y lo oprime. Se le oye sonar, pero nadie acude*).

ROS. ¿Cómo no acude nadie?

GAS. No lo comprendo, porque el timbre suena. Se oye desde aquí. (*Insistiendo en la llamada continua*).

FER. (*Saliendo de su cuarto, es decir del que ocupa con Lélia*). ¿Quién diablos está llamando de este modo? ¡Es horrible este acompañamiento de timbre! ¿No está el camarero? Pues a mí no me molesta más el timbrecito. (*Se encarama por una silla y corta el hilo*). Ahora, que toque cuanto quiera. (*Vuelve a su cuarto*).

ROS. ¡No suena el timbre!

GAS. No, no le oigo. Alguna avería en la electricidad...

ROS. ¿Qué voy a hacer ahora, Dios mío?

GAS. Señora, regresar a Biarritz no es posible hasta las seis, que es la hora del primer tren. No tiene usted otra solución que esperar lo más cómodamente posible, y lo más cómodo sería acostada y durmiendo en esa cama. En cuanto a mí, estando prisionero a la fuerza, me tocará dormir en ese sofá, si usted no se opone a ello.

ROS. (*Vacilante*). Pero eso es inconveniente... y expuesto para una mujer honesta... Reconocerá usted que es una situación...

GAS. Que no la hemos buscado ninguno de ambos. Tal vez sea cosa del destino... ¿Qué vamos a hacerle? Hemos de tomar las cosas como vienen. Con tirar las cortinas, estará usted completamente aislada y sin peligro de la menos indiscreción por mi parte.

ROS. Espero que sea así, caballero.

GAS. Sin duda. ¿Quiere usted que le dé el ejemplo? (*Tumbándose en el sofá*). Hasta mañana, señora.

ROS. Hasta mañana. (*Marcha a desnudarse detrás del biombo, pero antes se vuelve a mirar a su compañero de cuarto y exclama para sí*): ¡Qué lástima que no fuese éste el que pidió fuego a Fernando!

ESCENA IX

ALICIA y LAVERDIÈRE

ALI. (*Asomando la cabeza por el biombo*). Caballero, hágame el favor de cerrar los ojos. Solo un momento, el tiempo necesario para pasar a la cama y correr las cortinas.

LAV. Ya están cerrados, señora. (*Abriéndolos más y disponiéndose a no perder detalle*). Puede usted pasar con toda confianza.

ALI. (*Sale de detrás del biombo, sin más prenda sobre su adorable cuerpo que una camisita estilo imperio, muy escotada por arriba y

muy cortita por abajo. Se dirije a la cama, pero antcs quiere convcncerse de que su vecino no la espía y se vuelve a mirarle. Le encuentra contemplándola con arrobo y ella da un gritito coquetón, huye y corre las cortinas tras ella). ¡Ah, caballero! ¡Me ha engañado usted! ¡Estaba usted mirando!

LAV. Sólo para convencerme de los motivos que tiene usted para no dejarse ver. Y ahora lo comprendo, señora. Mirada usted sin traje de calle, produce una decepción tristísima. Parece mentira que yo haya podido enamorarme de usted. Puede estar bien segura de que no la molestaré en toda la noche. ¡Dios me libre de interrumpir el sueño de una momia disecada!

ALI. (*Desde detrás de las cortinas de la cama*). Lo celebro, caballero. Lo único que sentiría es que mi fealdad llegara a espantarle el sueño.

LAV. Procuraré conciliarlo leyendo una novela premiada por la Academia. (*Sacando un libro*). Pero aquí no puedo leer, señora. Sería necesario que descorriera usted un poco las cortinas, para que me llegase la luz.

ALI. Pero me vería usted durmiendo, caballero, y la horrible visión podría proporcionarle pesadillas espeluznantes.

LAV. Pensaré sólo en la novela.

ALI. Bien; cuento con su palabra. (*Descorre la cortina, viéndosela acostada, con los sonrosados brazos desnudos, recogido el cabello con coquetería y el borde de la sábana a*

la altura de sus desarrollados senos. Laverdiére la mira con entusiasmo y ella sonríe, porque ha comprendido el efecto causado, muy contrario a lo que él dijo, lo cual siempre halaga la vanidad de una mujer).

LAV. (*Aparte*). ¡Qué hermosa es!

ALI. (*Aparte*). ¡Qué lástima que no fuese éste el que dejó caer el bastón!

ESCENA X

LÉLIA, FERNANDO y CABALLÓN

FER. (*Asomándose a la puerta de su cuarto, en mangas de camisa*). ¡Mozo! ¡Mozo!... No hay nadie. ¡Y yo que he cortado el timbre!

LÉL. (*Saliendo, en pijama, muy graciosa, muy incitante*). Ve tú mismo a la cocina. Te aseguro que me es imprescindible tomar algo. Me caigo de hambre.

FER. ¿Pero tanto como para no tener ganas siquiera de...?

LÉL. Imposible. Me caigo de debilidad. Si quieres algo de mí, es preciso que antes me traigas cualquier fiambre, o pastas... Sube al otro piso y busca la despensa.

FER. (*Marchando*). Bien, mujer, bien. Voy a intentarlo.

LÉL. (*Acercándose a escuchar a la puerta del núm. 1, donde cree a Caballón*). Sí, están dentro; se oye una conversación. Una voz de mujer... Debe ser la marquesa que me

ha dicho... ¡Vaya una sirvengüenza que será!... Y el caso es que antes me importaba tres cominos, y ahora, sabiendo que está con otra... De buena gana entraría a arrancarle el moño a esa golfona!

CAB. - (*Viene de la calle*). ¡Oh, Lélia! ¿Qué haces aquí y con este vestidito?

LÉL. (*Echándole los brazos al cuello*). ¡Ah, no eras tú! ¡No eras tú el que hablaba con la marquesa sinvergonzona!

CAB. No; es un compañero. Se la he cedido, a ella y el cuarto. Ya sabes que no me interesan las damas del gran mundo. Ya sabes quién es la única mujer del mundo que me interesa.

LÉL. (*Con pasión*). ¿De veras? ¿No encuentras otra preferible a tu Lelé? Pues estamos a la recíproca, ¿comprendes? Yo tampoco encuentro otro... ¡Ven, ven y verás como sé demostrártelo! (*Llevándole hacia su cuarto*). ¿No quedamos en que si vencías a Rempart...? ¿Y no le has vencido? Pues ven, ven a cumplirte mi palabra.

CAB. ¡Lelé de mi alma, qué feliz me haces! (*Entran en el cuarto de ella, en el núm. 2, enlazados por la cintura y prodigándose tiernas caricias, que advierten al espectador de lo que va a ser el dúo secreto*).

ESCENA XI

ROSINA y GASTÓN

ROS. (*Saliendo de detrás del biombo, luchando por desprenderse su "combinación" de seda azul, que resalta la magnificencia de sus curvas espléndidas y deja al descubierto sus brazos morenos y gruesos*). ¡Si usted fuera tan amable, caballero...! La "combinación" se abrocha por la espalda y, por más que hago, no puedo soltar los botones.

GAS. Con mil amores. Lo que lamento es la torpe camarera que va usted a tener. No tengo práctica. (*Comenzando a despasar los botoncitos y procurando retrasar la tarea*).

ROS. ¿De veras que no tiene usted práctica? Puede usted jurarlo, que no he de creérmelo. Un hombre como usted, dado a la vida galante...

GAS. ¿Quién le ha dicho semejante calumnia? La vida de los amores fáciles, no es para mi temperamento. Sin llegar a decir que no he cometido pecadillo alguno, puedo asegurarle que no me he enamorado nunca... hasta esta mañana. Y de la misma manera le aseguro que nunca tuve la felicidad de sentir casi entre mis brazos, como ahora, a una mujer tan hermosa, tan cautivadora, tan sugestiva, tan...

ROS. (*Coqueta, envanecida, satisfecha*). ¡Haga el favor de no mentir y terminar pronto!

GAS. Ya le he dicho que soy torpe para estas cosas. Además, los dedos me tiemblan al rozar una piel tan suave, tan... tan...

ROS. Déjeme, pues.

GAS. Ya está. (*Al terminar de desabrocharle la "combinación", ésta resbala de los hombros de la hermosa, dejando de manifiesto la espalda carnosa e incitante. Gastón, ante de que pueda escapar, le da un apasionado beso en la nuca*).

ROS. ¡Ah, traidor! (*Huye, escondiéndose tras el biombo, pero manifestando tan escasa indignación, que él... tras un segundo de duda, corre a buscarla y quedan los dos invisibles para el público*).

ESCENA XII

FERNANDO y BACHOLET. Luego, VAN BRICK. Al final, éstos y LAVERDIÈRE, ROSINA, GASTÓN y ALICIA

FER. (*Baja del segundo piso con unos envoltorios y una botella. Llama a la puerta de su cuarto*). ¡Eh, Lélia, abre! He encontrado algo que te sentará muy bien.

CAB. (*Desde dentro, con voz amenazadora*). ¡Haga el favor de irse al diablo, si no quiere

que salga a romperle las costillas! Mi dama no necesita nada. Ya le doy yo algo que le sienta mucho mejor.

FER. ¡La voz del luchador! He debido equivocarme de cuarto. (*Va a llamar al de enfrente, al núm.* 3). ¡Eh, Lélia, abre!

PAB. (*Desde dentro*). Si abro va a ser para mascarte la nariz, pedazo de imbécil!

FER. Tampoco es este cuarto. (*Duda un momento y va a llamar al núm.* 5). ¡Soy yo! ¡Abre, abre!

BACH. (*Abre y aparece en ropas menores*). ¿Pero quién diablos...?

FER. (*Asombrado*). ¿Tú?

BACH. (*Idem*). ¿Tú?... ¡Pues vaya una nochecita que me estoy dando por tu culpa! ¿Qué quieres a estas horas? ¿Qué haces aquí?

FER. He venido con Lélia, pero cuando ya estábamos a punto de... de pasar un rato delicioso, se le ha ocurrido sentir hambre y hacerme ir a buscar algo en la cocina. Y ahora no puedo recordar en qué cuarto la he dejado... ¿Será en éste?

VAN. (*Subiendo furioso, con su enorme bastón enarbolado*). ¡Ah, canalla, ahora no te me escapas!

FER. ¡El loco de Biarritz!

BACH. ¡El loco de esta mañana! (*Los dos van huyendo de un lado a otro, perseguidos por el holandés que les atiza palos indistintamente. Al escándalo, se abren todas las puertas, apareciendo en la suya respectiva Caballón, Pablo, Laverdiére y Gastón. Ca-*

ballón ríe a grandes carcajadas. Pablo, al reconocer al marido de su amante, cierra la puerta de golpe. Fernando empuja a Gastón y se mete en su cuarto, cerrando la puerta por dentro. Bacholet hace lo mismo con Laverdiére, cerrando igualmente por dentro. El holandés aporrea las puertas y luego marcha al otro piso, siempre gritando y amenazando).

ROS. (*Al ver entrar a Fernando*). ¡Dios mío, mi marido! (*Se esconde detrás de las cortinas de la cama*).

ALI. (*Igual juego*). ¡Dios mío, mi esposo! (*Cierra las cortinas de su cama*).

FER. (*A Gastón*). No se asuste usted. No soy ningún ladrón.

BACH. (*A Laverdiére*). No se asuste usted. No soy ningún ladrón.

FER. (*A Gastón*). Siga usted, como si yo no estuviera aquí. Le habla un caballero. (*Empujándole a la cama y obligándole a entrar tras las cortinas*). Vaya usted con toda tranquilidad. Yo seré mudo y sordo y ciego.

BACH. (*A Laverdiére*). Siga usted como si yo no estuviera. Sé lo que son estas cosas entre caballeros. (*Empujándole hacia la cama*). Vaya usted con toda confianza. Yo pasaré la noche en el sofá.

(*Telón*)

ACTO TERCERO

Interior de la villa que en Biarritz tienen alquilada los amigos Fernando y Bacholet con sus esposas. Sala, con dos puertas a cada lado. Un piano, sofá, butacas, etc.

ESCENA PRIMERA

ALICIA y ROSINA. Luego, doña AUGUSTA

ROS. (*Que aparece santada, al levantarse el telón, al lado de su amiga. Ambas acaban de llegar de San Juan de Luz*). ¡Qué hemos hecho, Alicia!

ALI. Una tontería muy grande.

ROS. Lo que nos ha sucedido esta noche, parece un sueño.

ALI. ¡Ojalá hubiéramos soñado! ¡Faltar a nuestros maridos por debilidad y no por procurarles la suerte que tanto necesitan.

ROS. Sin embargo, nuestra intención fué buena. De no haberse presentado ellos tan inopi-

nadamente, tengo la seguridad de que yo hubiera resistido a la ocasión. No tengo nada que reprocharme. Yo fuí en busca del luchador, del que había sido designado por la casualidad. Mi mismo marido fué el que obligó a Gastón a meterse en mi cama. ¡Qué horrible!

ALI. Igual que me sucedió a mí. Yo fuí en busca de Nadir, el que había dejado caer el bastón. No es culpa mía si el tal individuo es... lo que es. Luego, a pesar de estar en el mismo cuarto que Laverdiére, yo hubiera sabido contenerle y contenerme; pero, cuando menos podía soñarlo, entra mi marido y empuja al otro a mi cama. ¿Qué iba hacer yo? Gritar, hubiera sido delatar mi presencia, con el escándalo consiguiente. Ya que mi pobre Adalberto no sabía quién era la mujer que estaba en el lecho, no iba a descubrirme yo. Hube de callar, comprendiendo que tampoco Laverdiére obraba a voluntad, sino obligado por mi mismo marido. ¡Oh, qué situación!

ROS. ¡Horrible, amiga mía! Horrible, porque ya puedes suponer que Gastón... aprovechó en beneficio suyo el impensado "quid pro quo".

ALI. Como el otro conmigo, hija, bien lo supongo. Y sin que yo pudiera negarme, por no despertar sospechas en mi marido, que hubiera oído la menor discusión.

ROS. ¡Qué horrible! ¡A dos pasos del marido y temiendo a cada momento ver aparecer su cabeza entre las cortinas!

ALI. Afortunadamente, nuestros maridos son unos caballeros. Fueron mudos, sordos y ciegos.

ROS. Cuando menos, lo aparentaron; porque yo tengo mis dudas...

ALI. Como yo.

ROS. (*Sonriendo*). ¡Es tan apasionado ese muchacho!

ALI. (*Sonriendo*). ¡Pues si tú supieras el mío!... ¡Pobre Adalberto! ¡Qué poco iba a figurarse que los rumores que debían llegar a sus oídos, eran caricias prodigadas ardientemente a su mujercita!

ROS. ¡Pobre Fernando! ¡Qué poco podía figurarse cuál era el cuerpo que tenía entre sus brazos y cuál la boca que besaba el hombre a quien él mismo empujó a mi cama!

ALI. Pero... ¿qué irían a hacer allí nuestros maridos?

ROS. Es verdad. ¿Qué irían a hacer allí, habiéndonos asegurado que marchaban a distraerse a San Sebastián? Cuando lo pienso, se me disipa todo resto de remordimiento.

ALI. La verdad es que su conducta tiene menos excusa que la nuestra. Nosotras fuimos para procurarles un bien, mientras que ellos... ¡Ah, pillos! ¿No tienen bien merecido lo que ha pasado?

D.ª AUG. (*Entrando*). Señoras...

ROS. Adelante, querida señora, adelante.

D.ª AUG. Deseaba preguntarles si las señoras continuarán en la casa todo el mes. Como este

año es tanta la concurrencia de veraneantes...

ALI. (*A Rosina*). Por mi parte, lo que deseo es marchar cuanto antes. Me moriría de vergüenza si volviera a encontrarme cara a cara con Laverdiére.

ROS. (*A Alicia*). Pienso como tú. Por nada del mundo querría el sofoco de encontrarme con Gastón.

ALI. (*Alto*). Pensamos que hemos de regresar pronto a París, así es que puede usted disponer de la villa desde hoy mismo.

D.ª AUG. Como gusten las señoras. En este caso, me permitirán que ponga papeles en los balcones.

ROS. Desde luego, está usted en su derecho.

D.ª AUG. Pues con el permiso de ustedes, señoras. Hasta más ver.

ALI. Hasta la vista.

ROS. Hasta la vista. (*Sale doña Augusta*). No sabes lo que me alegra la oportunidad de esta mujer. Diremos a nuestros maridos que hemos de dejar la casa por ella, y evitaremos el encuentro con nuestros...

ESCENA II

Las mismas, y, un momento, LEONTINA

LEO. (*Entrando*). Con permiso de las señoras...

Ha llegado el correo y ha traído estas cartas para las señoras.

ROS. (*Tomándolas*). Gracias. (*Sale la criada*). Una es para tu esposo y otra para el mío.

ALI. Es del agente de negocios. (*Reconociendo el membrete del sobre*). Me dan tentaciones de abrirla... ¿Dirá algo de la respuesta de los americanos?

ROS. Esta es de su suplente. Seguramente dirá algo del nombramiento de subdirector. ¿Habrán nombrado a Monleón o a Fernando?

ALI. Salgamos de dudas. (*Abren las cartas y las leen*). Dice que un gran banquero acaba de hacer proposiciones sobre los terrenos de Passy.

ROS. Dice que aún no está hecho el nombramiento, pero que Monleón tiene menos probabilidades.

ALI. (*Pensativa*). ¿Será verdad que comienza a cambiar la suerte de nuestros maridos?

ROS. (*Igual tono*). ¿Será verdad que se cumple el refrán?

ALI. Las cosas no han ocurrido como debieron ocurrir, pero es innegable que nosotras procuramos cumplir con el azar.

ROS. Sí; nuestra intención fué sacrificarnos en bien de nuestros maridos...

ALI. Esperemos los acontecimientos. Ahora lo que hemos de hacer es ir a arreglarnos un poco, para que ellos no sospechen que hemos pasado la noche fuera. (*Salen las dos*).

ESCENA III

FERNANDO y BACHOLET

BACH. (*Entrando con precaución y haciendo luego seña a su amigo*). Adelante. No hay nadie...

FER. (*Entra con igual gesto de desconfianza. Al verse solos, se deja caer en un sillón, con desaliento*). ¡Qué noche, Dios mío!

BACH. Cuando vuelvas a atraparme para otra juerguecita, habrán llovido chuzos de punta.

FER. No te quejes. Piensa en la suerte que tuvimos pudiendo escapar de aquel loco, gracias a unos desconocidos que nos dejaron pernoctar en sus cuartos respectivos.

BACH. Sí, muy amables, aunque un poco... efusivos en sus idilios. Pasaron las horas arrullándose sin cesar con las desconocidas que ocultaban tras la cortina.

FER. Pues la parejita que a mí me cupo en suerte, no desperdició un minuto. Debían ser amantes que no se habían visto en mucho tiempo. Los besos chasqueaban como cohetes de un castillo de artificio. ¡Chist! Silencio. Veo a nuestras mujeres entrar en el comedor. Aprovecho para ir al cuarto a cepillarme un poco.

BACH. Y yo a mudarme de pantalón. El maldito ciclista me puso hecho un San Lázaro. (*Salen los dos, por la izquierda*).

ESCENA IV

Doña AUGUSTA, GASTÓN y LAVERDIÉRE

D.ª AUG. Pueden pasar, señores. Los inquilinos viven todavía en el chalet, pero no será inconveniente para enseñarles la casa. Fíjense en la buena situación de estas ventanas. Desde aquí se ve Inglaterra. Sí, señores, se ve cuando no hay nubes y con un buen anteojo. De los muebles ya se darán ustedes cuenta. Son magníficos. Toda la casa está amueblada con gusto y elegancia. A la derecha, el comedor. A la izquierda, los dormitorios...

GAS. (*A su amigo, mientras la señora va haciendo indicaciones*). Ya comprenderás que tratan de huirnos. Esta marcha tan precipitada es para no volver a encontrarnos.

LAV. Que es todo lo contrario a lo que yo estoy dispuesto.

GAS. Igual que yo. Fuí demasiado feliz con la hermosa morenaza, para no desear que la noche de ayer tenga muchas repeticiones.

D.ª AUG. Es un poco temprano para hacerles ver los dormitorios, pero si gustan los caballeros pueden ver el cuarto de baño y la hermosa galería. De todos modos, aunque plazcan a los señores mis condiciones, no podríamos firmar contrato hasta el mediodía, porque

los esposos de mis inquilinas están ausentes...

LAV. (*A Gastón*). ¿Oyes? Los maridos no han vuelto aún. Aprovechemos la ocasión para entrevistarnos con ellas.

GAS. (*A su amigo*). Muy bien. Veamos la manera de sacudirnos esta innecesaria testigo. (*A la dueña de la casa*). ¿Quiere usted indicarnos el camino? Nosotros vamos detrás de usted.

D.ª AUG. Con mucho gusto. Por aquí, caballeros. (*Sale por la segunda puerta de la derecha. Los amigos, en vez de seguirla, asoman la cabeza por las otras puertas y descubren a Rosina y Alicia en el comedor*).

ESCENA V

LAVERDIÉRE, GASTÓN, ROSINA y ALICIA

GAS. (*Llamando discretamente*). ¡Chists, chists...!

ROS. (*Apareciendo, muy perturbada*). ¡Oh, caballero! ¡Me había usted dado su palabra de no intentar comprometerme!

ALI. (*A Laverdiére*). Esto no es noble, caballero. Me juró usted no obligarme a sentirme avergonzada en presencia de usted! (*Sigue hablando con él en voz baja, para que oigamos solo a los otros dos perosnajes. Quedan formando dos grupos, un poco separado uno de otro*).

GAS. Le juré no intentar comprometerla, cosa que está muy lejos de mi imaginación; pero me guardé muy bien de jurar que no intentaría volver a verla, porque no hubiera podido cumplirlo.

ROS. Sin embargo, es necesario. Es necesario que no nos veamos más.

GAS. ¿Por qué, Rosina? Me pide usted un imposible y, además, una locura.

ROS. La locura y grande fué la de anoche.

GAS. No fué por su culpa, ni siquiera por la mía. Bien sabe usted que nos vimos empujados, obligados por su mismo marido.

ROS. Es verdad. Pero él no sabía quién era la mujer que estaba en el lecho.

GAS. Indudable, como lo es que nosotros hicimos cuanto pudimos por evitarlo. Recuerde usted que al vernos encerrados en el mismo cuarto, intentamos llamar al mozo para que nos abriera. Se estropeó el timbre; luego entró su esposo...

ROS. No siga usted recordando. Me siento desfallecer de vergüenza.

GAS. Será sin el menor motivo. Los pecados no existen si no hay intención de cometerlos. Y el nuestro fué sin la menor intención. Es indudable que usted fué a San Juan sin intento de engañar a su marido.

ROS. Por el contrario. Fuí con intención de engañarle, pero no con usted.

GAS. ¿Cómo? ¿Tal vez con el bruto de Caballón?

ROS. Precisamente. Era el que había pedido fue-

go a mi marido. Era el señalado por la casualidad.

GAS. No comprendo una palabra.

ROS. Pues es muy sencillo. Mi amiga y yo habíamos estado comentando la desgracia que persigue a nuestros maridos en todos sus asuntos, y la buena suerte de un amigo a quien su mujer engaña. Ya conoce usted el refrán: "Marido engañado, hombre afortunado". De comentario en comentario, acabamos por decidirnos al sacrificio en bien de nuestros esposos. Acordamos que la casualidad nos designara al... interfecto, y a mí me designó al luchador, que fué el primero que se acercó a mi marido pidéndole fuego para su cigarro.

GAS. (*Sonriendo*). Ahora lo comprendo todo, como los personajes de las malas novelas. Pero me queda por hacerle una pregunta. (*Con amorosidad*). ¿Lamenta usted mucho... el cambio de... interfecto?

ROS. (*Bajando los ojos*). No digo eso... Digo que, no habiendo cometido el engaño con el designado por la casualidad, mi esposo no será nombrado subdirector en el ministerio de negocios extranjeros.

GAS. ¡Ah! ¿En el ministerio...? Es verdad, hay una plaza vacante.

ROS. Y el nombramiento ha de hacerse hoy mismo. El ministro ha de decidir hoy.

GAS. (*Con alegría*). Pues si aún no está firmado el nombramiento... Veamos, adorada Rosina. ¿No ha sido la casualidad la que me

llevó al hotel Continental? ¿No fué la casualidad la que hizo entrar a su marido...? Pues entonces, no lo dude. El refrán se cumplirá. Su esposo será nombrado subdirector. (*Excitado en su alegría, la abraza con transporte y le estampa un beso en el cuello*).

ROS. (*Huyendo*). ¡Oh, por favor!

LAV. (*Con iguales muestras de alegría*). Tranquilícese usted. El negocio de los terrenos de Passy está perdido.

GAS. (*A Rosina*). Permita que corra a una diligencia importante. Hasta muy pronto.

LAV. (*A Alicia*). Ahora me veo obligado a dejarla con gran urgencia. Hasta pronto.

GAS. (*A su amigo*). ¿Dónde vas?

LAV. A poner un telegrama.

GAS. Yo también. (*Desaparecen ambos, vivamente*).

ESCENA VI

ALICIA, ROSINA y, un momento, doña AUGUSTA. Luego, FERNANDO y BACHOLET

D.ª AUG. (*Entrando en el momento que salen los dos amigos*). ¡Ah! ¿Estaban hablando con ustedes esos señores que han venido a alquilar la villa? Creía que venían detrás de

mí para ver la casa y al volverme no les he visto.

ROS. (*Reponiéndose*). Creo que han ido a ver el jardín.

D.ª AUG. Es posible. Con su permiso, voy a ver si les encuentro. (*Sale por el foro y aparecen Bacholet y Fernando por la izquierda*).

FER. (*A Rosina*). Querida Rosina... ¿Qué tal pasaste la noche? Desapareció el dolor de cabeza?

ROS. (*Algo confusa*). Sí, desapareció. Gracias.

BACH. (*A su mujer*). Buenos días, querida. ¿Te encuentras bien? (*Abrazándola*).

ALI. Muy bien, gracias. ¿Y vosotros? ¿Qué tal noche habéis pasado?

BACH. (*Muy turbado*). Bien... Sí... muy bien...

ROS. (*A Fernando*). ¿En San Sebastián?

FER. Sí, desde luego, en San Sebastián... Estuvimos en el Casino, luego en... por allí, matando el tiempo... ¿Y si desayunáramos? Traigo un apetito enorme.

BACH. Y yo. ¿Pasamos al comedor?

ROS. Vamos pues, vamos. (*Aparte*). ¿Conque en San Sebastián? ¿Habráse visto embusteros? Miren ustedes lo que son los hombres. No merecían que hiciéramos por ellos tantos sacrificios. (*Salen los cuatro por la primera puerta, derecha*).

ESCENA VII

Doña AUGUSTA y NADIR. Luego, ROSINA

D.ª Aug. (*Entrando con Nadir*). Pase, caballero. No podré comprometerme a nada con usted, porque hay otros dos señores delante, con los que ya he hablado del alquiler. Pero no perdemos nada con que vea usted la casa. Aquí, a la derecha, está el comedor, al que no le hago pasar porque veo que aún están los antiguos inquilinos. Aquí, a la izquierda, están los dormitorios. Desde esta ventana, tan admirablemente situada, se ven las islas Baleares... digo, las islas Británicas. Sí, señor, se ven cuando no hay nubes y con un buen anteojo. Como usted puede comprobar, los muebles son de muy buen gusto y muy elegantes. Si gusta seguirme, le haré ver el cuarto de baño y la soberbia terraza. (*Sale por la segunda*

puerta, derecha, creyendo que la sigue Nadir. Este, que ha estado inspeccionándolo todo de manera ridícula, al oír hablar de los muebles, se ha sentado para comprobar su blandura y, al tratar de levantarse, se engancha el pantalón con un clavo fatídico. Examina el lugar de la catástrofe y halla un enorme desgarrón en sus calzones, en el

sitio menos honesto. Trata de encontrar un alfiler para sujetar el roto, pero no lo halla).

NAD. ¡Qué incidente tan desgraciado! ¿Cómo remiendo ahora esto? No llevo un mal alfiler en la solapa... Ni veo por aquí... (*Va buscando, sujetándose con una mano el pantalón desgarrado, haciendo las posturas más ridículas*).

ROS. (*Saliendo y reconociendo a Nadir*). ¡Dios mío! ¡El turco! ¡Qué compromiso si viera a Alicia!

NAD. (*Al ver a Rosina se sienta precipitadamente, para ocultar el desgarro del pantalón*). ¡Ah!

ROS. Caballero... ¿deseaba usted alguna cosa?

NAD. Deseaba... No, no, no deseaba nada. He venido para ver la villa que se alquila, según papel que hay en los balcones. Entré con la dueña y...

ROS. Pues es el caso, caballero, que ahora no podrá usted ver la casa. Tenemos visitas y... la verdad, eso me impide...

NAD. ¡Oh, a mí las visitas no me afectan! Puede usted volver con ellas.

ROS. Pero no me parece correcto... En fin, caballero, usted debe comprender que... (*lanzando ojeadas al comedor, temiendo que acuda Alicia*).

NAD. Comprendo, señora, y si pudiera me iría de muy buena gana. Pero no puedo irme.

ROS. ¿Cómo?

NAD. Me veo obligado a permanecer sentado. Acaba de ocurrir un accidente...

ROS. ¿Un accidente? ¿Está usted herido?

NAD. Precisamente yo, no. Mi pantalón, señora. Necesitaría disponer de una costurera y de otro pantalón para mientras se reparaba el mío.

ROS. ¡Oh, eso es muy sencillo! Voy a solucionarlo enseguida. Le traeré un pantalón de mi esposo y mientras coserá el suyo mi criada. (*Va corriendo al dormitorio y sale en seguida con el pantalón que Bacholet llevó el día anterior, todavía con bastante barro por el tropiezo con el ciclista*). Tenga usted, caballero. Pase aquí dentro para cambiarse.

NAD. (*Se levanta, llevando la silla con él para cubrir sus posaderas*). Mil gracias, señora. Es cosa de un minuto. (*Marcha*).

ROS. Voy a prevenir a Alicia para que no se deje ver de este turco comprometedor. (*Marcha al comedor*).

ESCENA VIII

FERNANDO y GASTÓN

GAS. (*Entrando por el foro, con precaución. Fernando sale del comedor y ambos se tro-*

piezan y quedan un momento petrificados). ¡Diablo, el marido!... (*Alto*). Caballero...

FER. (*A parte*). ¡Diablo, el que me salvó anoche! (*Alto, alargándole la mano*). ¡Ah, caballero, es usted muy amable viniendo a visitarme a poco de aquella aventura...!

GAS. ¿No soy inoportuno?

FER. De ninguna manera. Celebro verle para rogarle que, ante mi esposa, es preciso que no diga usted el sitio donde nos encontramos. Mi mujer cree que estuve en San Sebastián y es preciso que siga creyéndolo. Cuestión de faldas...

GAS. Comprendido, caballero. Puede usted contar con mi absoluta discreción.

FER. Ya le explicaré a usted...

GAS. No es necesario, caballero. Sé lo que son estas cosas. Entre hombres, y entre hombres de educación, hoy por ti y mañana por mí.

FER. Mil gracias. También le he de pedir escusas por la manera como entré a interrumpirle. Un holandés, que está algo loco, me confundió y... Comprendo que, especialmente a la dama que estaba con usted, mi entrada violenta debió sobrecogerla. Cuando la vea usted, me hará el honor de presentarle mis escusas.

GAS. Lo haré, caballero. Pero no vale la pena.

FER. En cambio sí vale la pena de felicitarle a usted. Por algún detalle ligero, me pareció comprender que se trataba de una dama hermosa y muy sugestiva...

GAS. Sí; verdaderamente deliciosa.

FER. (*Bromeando*). ¡Ah, calavera! ¿Tal vez una mujer casada? (*Gesto ambiguo de Gastón*). Sí, sí, comprendo. La discreción natural... No tema usted que trate de averiguar nada...

ESCENA IX

Los mismos y ROSINA, ALICIA y BACHOLET. Poco después, LAVERDIÉRE

FER. (*Al ver que entra su mujer, se adelanta a ella*). Entrad, entrad y tendré el gusto de presentaros a un antiguo amigo. (*Aparte, a Gastón*). ¿Su nombre?

GAS. (*En voz baja*). Gastón Peroche.

FER. (*A Rosina y a Alicia, que están asombradas*). Permitidme... Mi estimado amigo Gastón Peroche... Mi esposa... La señora Bacholet y el señor Bacholet... Es un antiguo amigo, ¿sabéis?, un antiguo amigo al que no veía en mucho tiempo y al que he encontrado por una gran casualidad...

GAS. (*Estrechando las manos a todos*). En efecto, nos hemos encontrado por una gran casualidad.

FER. (*A Bacholet, mientras Gastón habla un poco separadamente con las mujeres*). Es el de

anoche, el que interrumpí en su idilio y me salvó escondiéndome en su cuarto.

BACH. (*Viendo aparecer por el foro a Laverdiére*). ¡Diablo! ¡El que me salvó a mí! (*Laverdiére hace un movimiento de retirada al ver a los personajes, pero Bacholet va hacia él y le hace pasar*). Adelante, caballero. Tengo mucho gusto en recibir su visita y en presentarle a mi esposa y mis amigos. (*En voz baja*). ¿Su nombre?

LAV. (*En voz baja*). Pedro Laverdiére.

BACH. (*Haciendo las presentaciones*). Mi antiguo amigo Pedro Laverdiére. Mi esposa... La señora Debray... El señor Fernando Debray... El señor... (*indicando a Gastón*).

GAS. Inútil. Nos conocemos. (*Se dan todos las manos y sigue una pequeña pausa, durante la cual sonrien todos sin saber qué decir, confusos*).

BACH. Es asombrosa la facilidad con que nos perdemos de vista los amigos, y lo inesperadamente que nos encontramos.

TODOS. Sí, es asombroso.

BACH. Y, a propósito, caballeros. ¿Qué tienen que hacer ustedes hoy?

LAV. Nosotros... nada.

BACH. Pues comerán en nuestra compañía. ¿No te parece, Fernando?

FER. ¡Ya lo creo! Será la mejor manera de celebrar nuestro encuentro.

ROS. (*A su marido*). Es que... no piensas que estando tan próxima nuestra marcha... no es el momento más oportuno...

FER. ¿Cómo no? ¡Tratándose de amigos íntimos!

BACH. ¡Claro! ¡Siendo amigos antiguos...! Además, que ya tendremos ocasión de recibirles mejor en París.

FER. (*En voz baja, a Bacholet*). ¿Cómo? ¿Piensas...?

BACH. (*Idem, a Fernando*). ¿Por qué no? No me expongo a nada. Estoy bien seguro de que no se ocupará en hacer la corte a mi mujer, desde el momento en que tiene una amante.

FER. Es verdad. El otro tampoco a la mía, puesto que también tiene un enredo.

ESCENA X

Los mismos y GUDULA y VAN BRICK. Enseguida, NADIR. Al final, LEONTINA

VAN. (*Apareciendo enarbolando su bastón, dando furiosos gritos y luchando con su mujer, que trata de impedirle la entrada*). ¡Déjame, déjame, esposa impúdica! ¡Sé que se esconde aquí ese miserable y no se me ha de escapar esta vez!

GUD. ¡Estás loco! ¡Te digo que estás loco!

VAN. Bueno; estoy loco, pero ese miserable no se me escapa!

TODOS. ¿Qué pasa? ¿Qué es esto?

VAN. ¡Hay un miserable en esta casa!

GUD. —Dispénsele ustedes, señoras y señores, está loco.

VAN. ¡No, no estoy loco! Bueno, sí, estoy loco, puesto que lo dice mi mujer; pero esta vez no se me escapa. Le he reconocido por su pantalón, que es el mismo que llevaba anoche en el hotel Continental. (*Fijándose en Nadir, que entra entonces con la criada*). ¡Ah! ¡Al fin te pesco, canalla! ¡Godferdum! ¡Toma, toma! (*Tratando de alcanzarle con el bastón*).

NAD. (*Huyendo, ocultándose detrás de cada personaje*). ¡Caballero, está usted confundido! ¡Le aseguro a usted que es un error!

VAN. ¡Ah, el sátiro! ¡No te escaparás! Hace dos días que voy detrás de ti para enseñarte a cortejar a mi esposa.

NAD. (*Con asombro*). ¿Yo?

VAN. ¡Sí, tú, el que quiere hacerme cornudo!

NAD. (*Mayor asombro*). ¿Yo?

VAN. ¡He de romperte la crisma!

TODOS. Pero, caballero, tal vez sea verdad que hay error.

VAN. No, no hay error. Es el amante de mi mujer.

NAD. (*Cada vez más estupefacto*). ¿Yo? (*Entrega una tarjeta de visita a Fernando, el cual la lee y la pasa a Van Brick*).

VAN. (*Leyendo*). Secretario de...

NAD. No es necesario que lea tan alto.

VAN. Jefe de los eunucos de...

NAD. Repito que no es necesario leer en voz alta.

VAN. ¿De manera que usted...? ¿Es usted...?

NAD. (*Sofocado*). Vuelvo a repetir que no es necesario...

VAN. Pues entonces no puede... no puede... (*Volviéndose a su mujer con los brazos abiertos*). ¡Oh, qué alegría! ¡Ven a mis brazos, Gudula, ven y perdona mis dudas indignas!

GUD. Te perdono, Leopoldo, porque es el amor el que te hace estar ciego.

LEO. (*Dando unos telegramas a Fernando y Bacholet*). Acaban de traer estos telegramas para los señores.

FER. (*Leyendo*). ¡Ah, qué alegría!

BACH. (*Igual*). ¡Ah, qué alegría!

TODOS. ¿Qué pasa?

FER. ¡He sido nombrado subdirector!

BACH. ¡Han sido comprados los terrenos de Passy!

FER y BACH. (*A la vez*). ¡Qué suerte!

FER. Es el ministro mismo el que me lo comunica.

GAS. (*Bajo, a Rosina*). Mi primo.

BACH. Han sido comprados por un banquero.

LAV. (*Bajo, a Alicia*). Es papá.

FER. (*A Bacholet*). ¡Vaya, querido, bien puedes decir que tienes suerte!

BACH. Y tú también, amigo.

FER. y BACH. (*A la vez, dirigiéndose al público*). Y eso, ya ven ustedes, sin necesidad de que nos engañen nuestras mujeres.

TELÓN



A NUESTROS LECTORES:

Al lanzar a la publicidad la colección de que forma parte este volumen, es con el ánimo de dar a conocer las obras maestras de los mejores escritores irónicos, humorísticos y satíricos, tanto nacionales como extranjeros que han sabido producir comedias de deliciosa frivolidad.

Esta colección que titulamos **El Teatro Picaresco** es la primera en España que se forma y

adquiriéndolo quincenalmente reuniréis unos elegantes tomos que constituirán una interesante biblioteca.

Esperamos que una vez leído el primer número, seréis sus más constantes lectores y fervorosos propagandistas correspondiendo al esfuerzo que hacen

Los Editores

